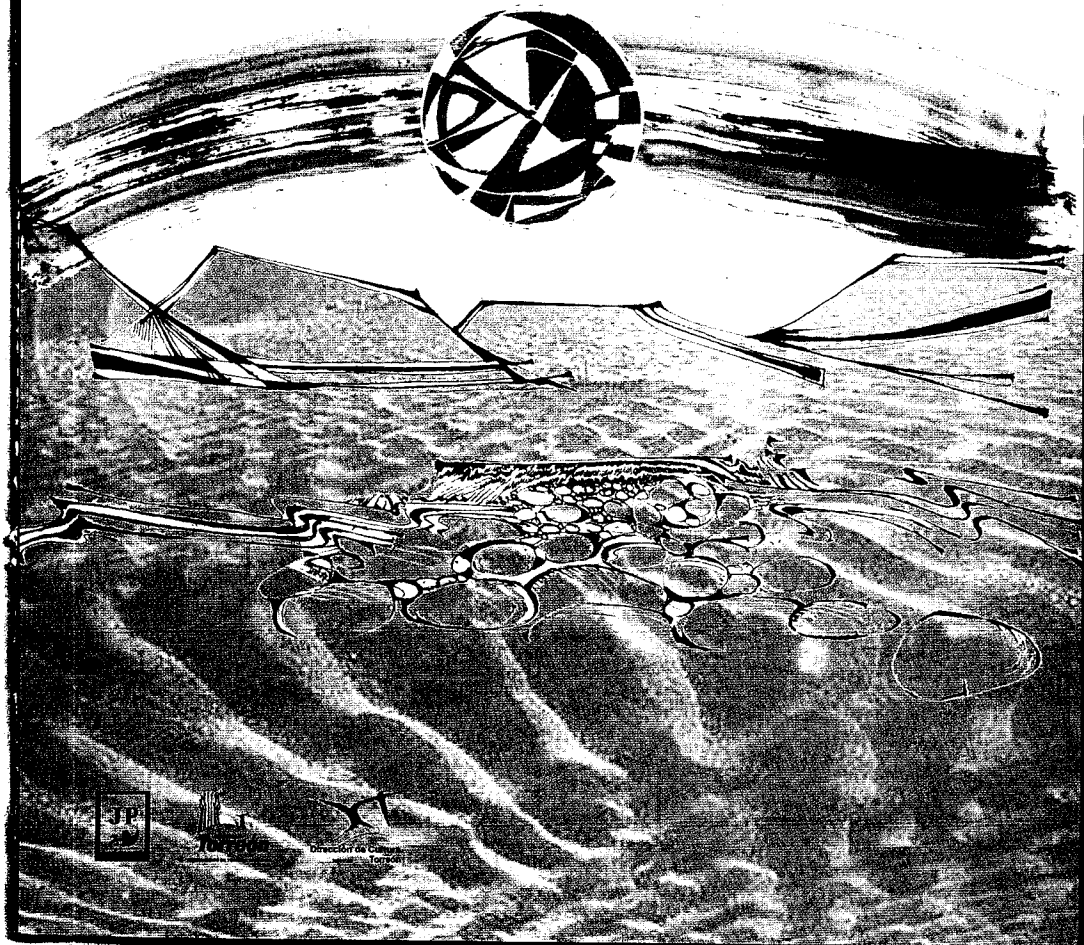


José Edgar Salinas Uribe

**ARQUEOLOGÍA
DE UN IMAGINARIO:
LA LAGUNA**

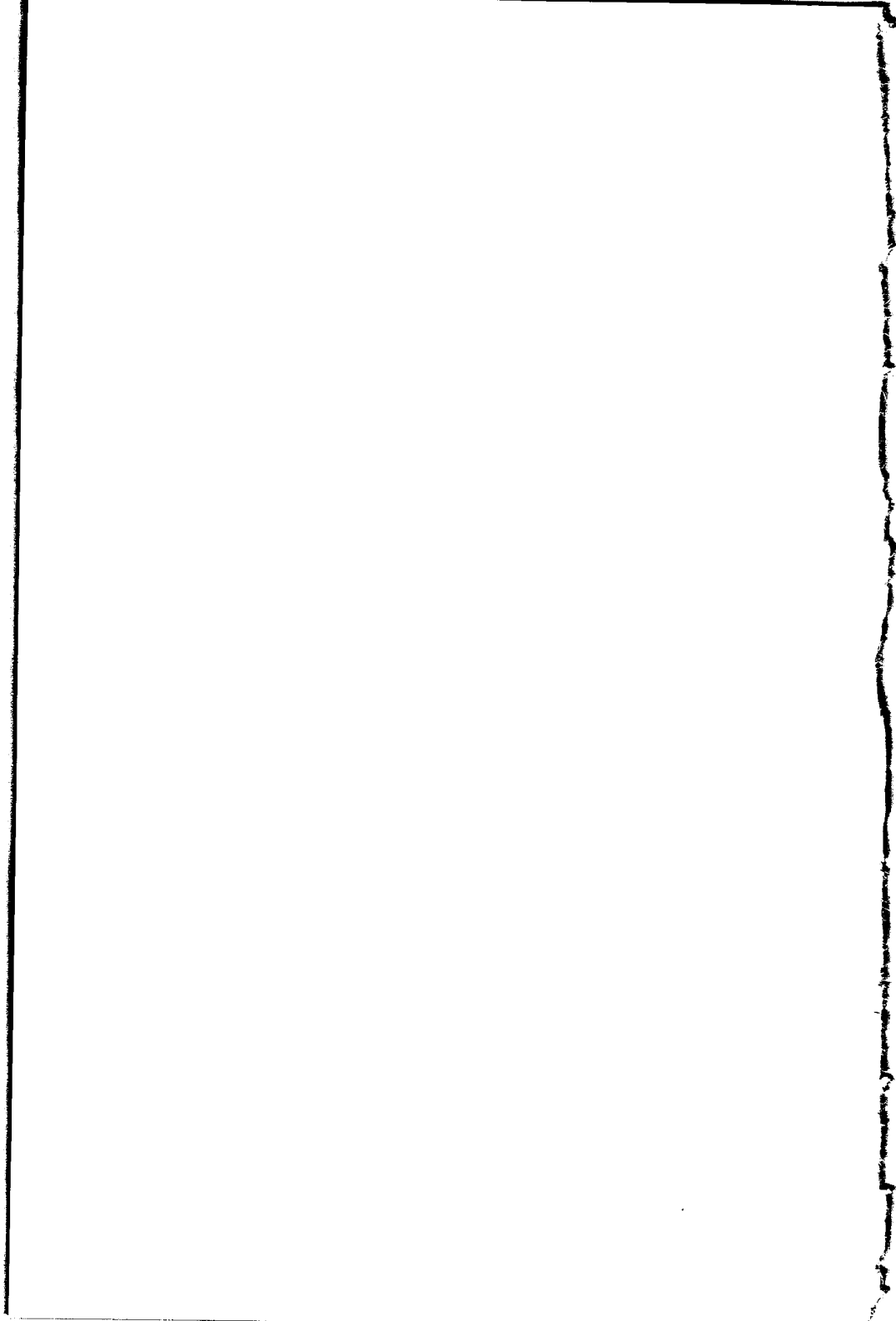




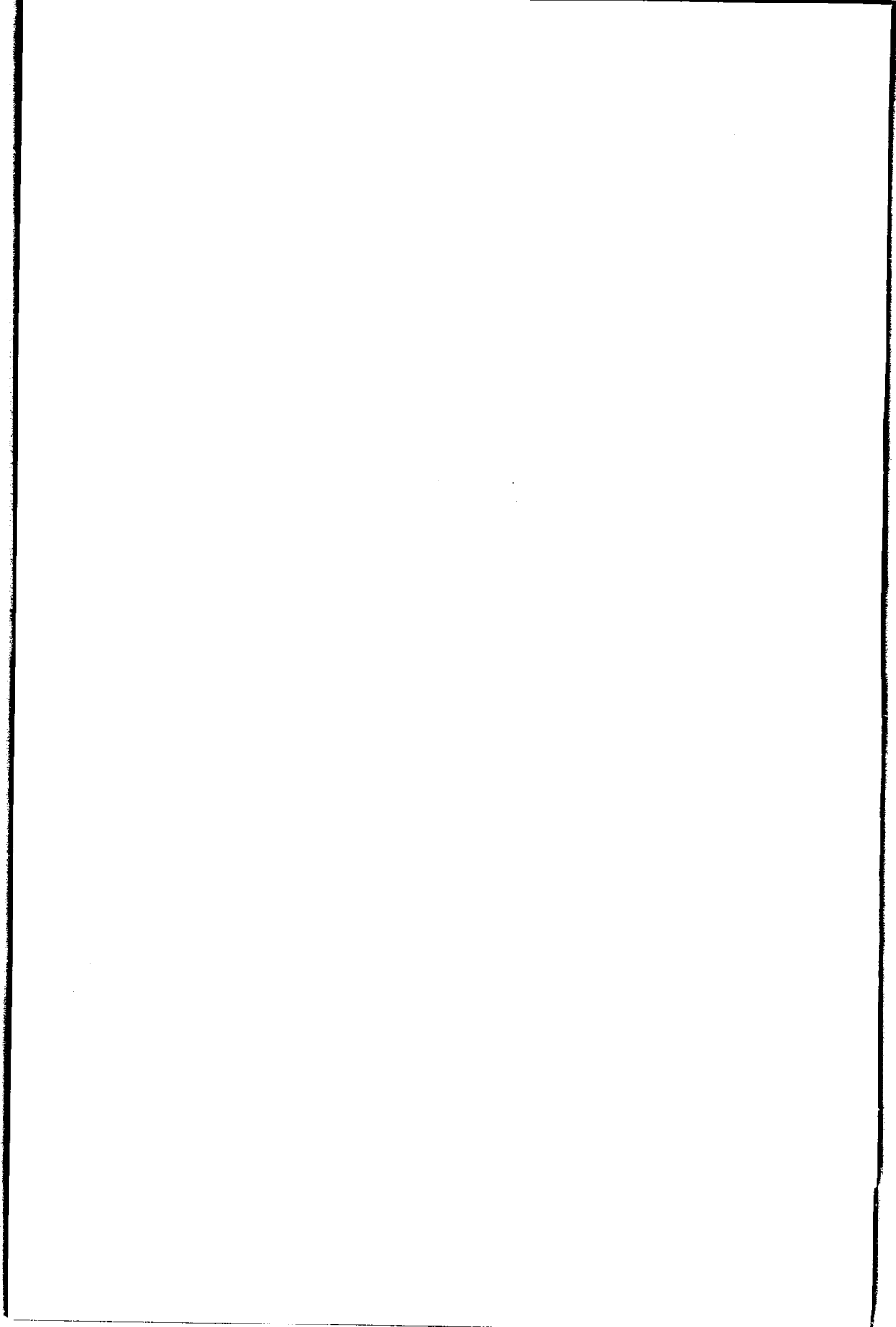
José Edgar Salinas Uribe (Epitacio Huerta, Michoacán, 1974). Estudió filosofía y tiene dos maestrías. Escribió *Memoria y Recuerdo: Microhistoria de Ayotitlán*, ITESO-SCJ, 2003. Ensayos suyos aparecen en cuatro libros más. Es director de la revista de literatura y crítica cultural *Acequias*. Columnista en el diario *La Opinión Milenio*. También ha publicado en las revistas *Estepa del Nazas*, *Cultura de Veracruz* y *BuenaVal*. Ha obtenido el primer lugar en los certámenes de ensayo Juan Agustín de Espinoza y Pedro Arrupe. En 2003 fundó y condujo el programa *Letras al aire* (dedicado a la literatura) por 96.3 FM Radio Torreón. Desde 2002 es comentarista habitual en el café literario del Teatro Isauro Martínez. Por un tiempo colaboró en el taller literario del Cereso de Torreón, dentro del proyecto Imago. Actualmente labora en la Universidad Iberoamericana Laguna.

letrasalaire@hotmail.com





ARQUEOLOGÍA
DE UN IMAGINARIO:
LA LAGUNA



José Edgar Salinas Uribe

ARQUEOLOGÍA
DE UN IMAGINARIO:
LA LAGUNA



Juan Pablos Editor
Ayuntamiento de Torreón

México, 2009

La obra *Arqueología de un imaginario: La Laguna*, fue seleccionada para su publicación como resultado de la convocatoria FinanciarTE Laguna 2009 en la categoría de Producción Editorial, cuyo jurado estuvo integrado por Jorge Esquinca, Luis Armenta y Felipe Ponce. Parte de la distribución de esta obra queda a cargo de la Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes (AEMI).

ARQUEOLOGÍA DE UN IMAGINARIO: LA LAGUNA
de José Edgar Salinas Uribe

© D.R. 2009, José Edgar Salinas Uribe

© 2009, Juan Pablos Editor, S.A.
Malintzin 199, Col. del Carmen, Del. Coyoacán
04100, México, D.F.
<juanpabloseditor@prodigy.net.mx>

© 2009, Ayuntamiento de Torreón
Matamoros y Galeana s/n
Zona Centro, 27000, Torreón, Coahuila

Imagen de portada: Alonso Licerio Valdés

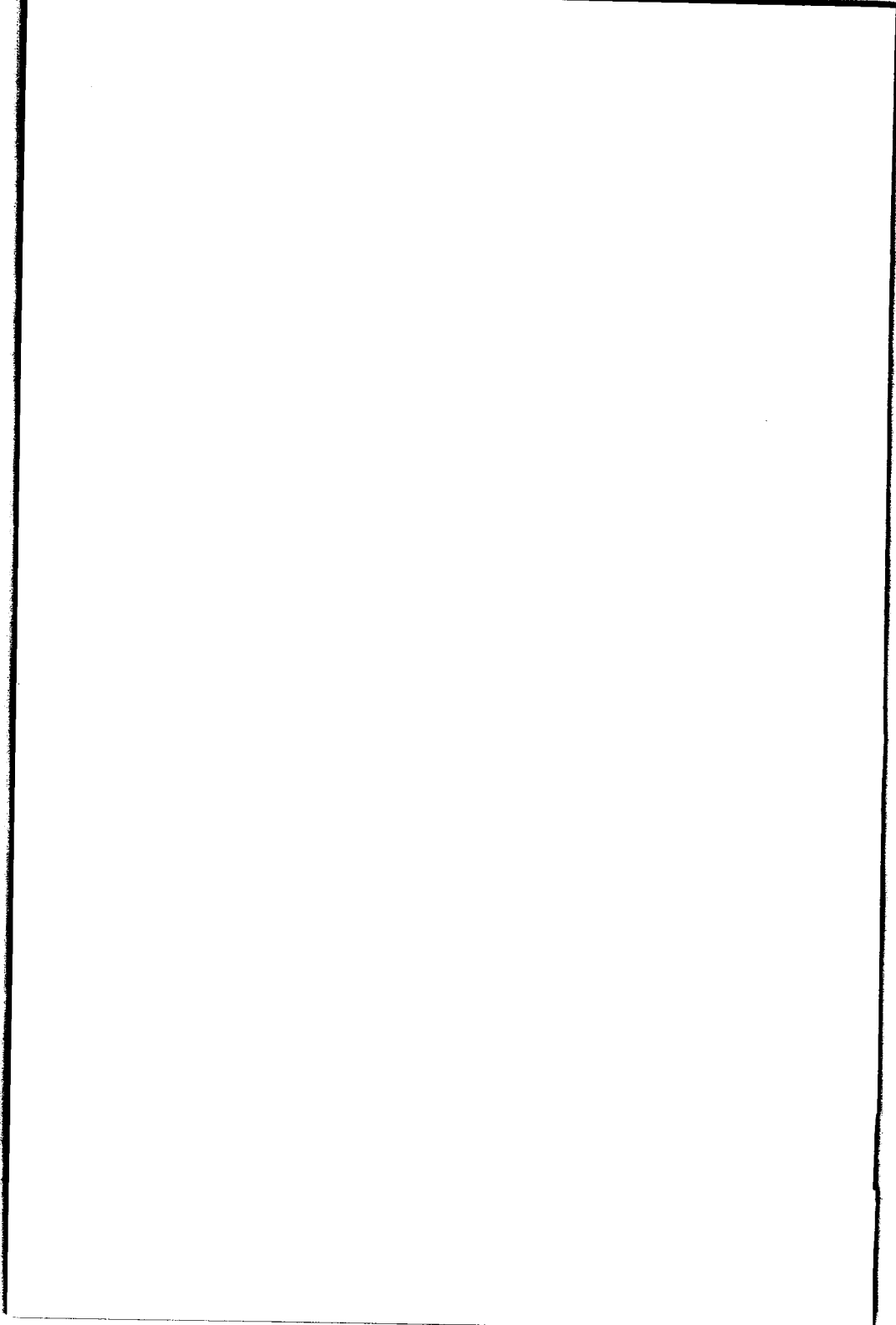
Fotografía del autor: Armando Marín

ISBN: 978-607-7700-23-4

Reservados los derechos
Impreso y hecho en México

a Pompeya, mi madre
a Hugo, mi hermano

Y como dicen en La Laguna: *Sibirikipau*



INTRODUCCIÓN

*No hay lluvia tan fecunda
como la del sudor*

"Hombres de La Laguna"
Pedro Garfias

I

Los ríos Aguanaval y Nazas (río de las Nasas o el Nilo del Bolsón de Mapimí) son las venas de La Laguna. Ajustados al criterio de región hidrológica, quince municipios conforman administrativamente a la Comarca; su cuna, Santa María de las Parras (hoy Parras de la Fuente), ha sido excluida.

La Laguna fue por siglos refugio de pueblos nómadas. Sergio A. Corona señala al menos treinta grupos que comieron de lo que parían ríos y lagunas de la región. Entre esos grupos estuvieron los colorados, baahanos, guitazos, obracanos, cabezas, salineros, comanos, tobosos, mayos, bayamares, pies de venado, tetecoras, quesales, obayas, matachiguas, guatimaras, yuriguayos, yritilas, manos prietas, tuamanas, tepas, cacalotes, alasapas, cien orejas, guadianamares, coporanes, titiporas, zibosporanes, contoto-

res y coaguilas. Después, hace poco más de cuatrocientos años, llegaron a la región algunos vascos, varios frailes franciscanos y un puñado de jesuitas; con ellos llegaron también "indios forasteros" de nación tlaxcalteca.

A finales del siglo XVI, Parras es reducido a pueblo. Esa fundación abrió la puerta del devenir colonial en lo que a la postre sería una porción del extenso marquesado de San Miguel de Aguayo (una vez emparentados con los condes de San Pedro del Álamo) y que, tras sucesivas ventas y bodas por la ley del amor metalizado, protagonizadas por apellidos como Sánchez Navarro, Ibarra, Jiménez, Flores y Zuloaga, con el tiempo se convertiría ya no en un marquesado, sino en el reino del algodón en México, como bautizó a la región Manuel Plana. O, también, la ardiente casona del Moyote, como quería Saúl Rosales. ¡Y pensar que una buena porción de La Laguna había sido valuada en sólo ochenta mil pesos a mediados del siglo XIX!

Las fronteras imaginarias de la Comarca fueron perfiladas en algunas ocasiones a capricho del agua y la errática voluntad de los ríos; y en otras, por las coincidencias pactadas de los humanos. También la avalancha rebelde de rudos grupos de indios foráneos a la caza de ganado dibujó sus contornos; pero, invariablemente, el mapa lagunero ha sido conformado por el permanente intento de sobrevivir en el entorno semidesértico y de aguas desobedientes, hoy cada vez más escasas.

Primero Parras, después Viesca, a ratos San Pedro, San Fernando (Lerdo), Torreón (con su cruce de ferrocarriles que lo convirtió en sitio estratégico de las comunicaciones y el comercio) y hoy la urbanizada zona metropolitana Lerdo-Gómez Palacio-Torreón-Matamoros, han sido el epicentro de las actividades económicas, políticas y culturales comarcanas. La vid, la ganadería, el algodón, los

textiles, la leche, el comercio, la maquila... colorearon sucesivamente el mapa, elástico también, de los manantiales de riqueza.

A los tobosos, cien orejas, pies de venado, iritylas y demás los sustituyeron otros nómadas, sólo que estos del capitalismo y de sus dos cuernos lunares: la oportunidad y la miseria. Llegaron chinos, alemanes, españoles, gringos, árabes, ingleses, michoacanos, hidrocálidos, jaliscienses, zacatecanos y otros a poblar a La Laguna o "Pays de La Laguna", "Comarca de Lagunas", "Derramadero del Nazas y Aguanaval", "Laguna de Mayrán", "Laguna del Bolsón de Mapimí", "Laguna de Nueva Viscaya", "la verdadera Laguna", como también se le conoce.

Anfitriones leales de la causa liberal, en un bostezo de las entrañas comarcanas los laguneros protegieron el Archivo General de la Nación y dejaron que Juárez repartiera tierras y bautizara poblados. Al Gatuño le cambió de nombre y, puesto que el semidesierto había servido de comal natural para calcinar los presos pies de Hidalgo en su terminal travesía a la muerte, le puso el del cura liberador. Ese mismo lugar vio nacer a otro indomable: Benjamín Argumedo Hernández.

La Revolución mexicana tuvo en la Comarca uno de sus escenarios favoritos y a varios de sus precursores. El más reconocido es Francisco I. Madero quien, además de organizar los mejores bailes en su San Pedro de las Colonias, como aquel ofrecido en honor de su prometida y al que sólo fue invitado un reducido grupo de familias (las más "principales"), publicó *La sucesión presidencial en 1910*, donde confesaba que "ni yo ni ninguno de los miembros de mi familia tenemos el menor motivo de queja contra el Gral. Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual Gobierno del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales". Tres años más tarde echó, por la fuerza de los

votos y con los votos de la fuerza, al dictador; con ímpetu similar, en 1911 tropas maderistas habían asesinado y echado, sin escatimar en crueldad, a los chinos laguneros, para entonces prósperos habitantes comarcanos.

En corridos populares se ha inmortalizado la toma de Torreón por tropas de otro Francisco, este de apellido positivo: Villa. Pero antes de que él llegara a escribir su nombre de modo perenne en estas tierras, los hermanos Flores Magón habían agradecido y ensalzado el gesto libertario de varias decenas de arrojados campesinos de Viesca, quienes en 1908 habían lanzado las primeras campañas anti-porfiristas.

Lázaro Cárdenas hizo de la Comarca la niña de sus ojos: con todo y gabinete estuvo aquí más de un mes, partiendo latifundios a pedazos hasta convertir la región en un mosaico de ejidos. Los ejidatarios de entonces nunca olvidaron el reparto, y por ello el hijo del general arrasó en La Laguna campesina durante las elecciones presidenciales de 1988. El reparto agrario, convertido en doscientos noventa y dos ejidos, fue el único beneficio tangible que les dio la Revolución a los campesinos de por acá, según María Vargas-Lobsinger. Por cierto, beneficio obtenido veinte años después de haber sido promulgada la Constitución con todo y su famoso artículo veintisiete. Dejaron de crearse más ejidos no por falta de tierra, sino por falta de campesinos, como habría de escribir el general michoacano en sus memorias.

Cinco años después de las elecciones de 1988, aquel que de joven había jugado a la organización social (vivió en el ejido Batopilas, de la municipalidad de San Pedro de las Colonias) y degustador involuntario de una lluvia de impaciencia y tomates laguneros en plena campaña presidencial, ordenó la reforma agraria que daba reversa a lo

hecho por Cárdenas. Para esa y otras reformas él era ahora el presidente Carlos Salinas de Gortari.

En 1868, Fernando González Montes de Oca (segundo presidente municipal de Torreón aunque primero por la vía de los votos) levantó un censo en su nuevo rancho de residencia: El Torreón. Según su informe, 225 personas vivían en lo que hoy es el pulmón económico regional. Actualmente, en dicha zona residen poco más de 600 mil personas, la mayor concentración humana de La Laguna que, en su conjunto, está habitada por poco más de un millón y medio de personas. Cuatro décadas después de aquel primigenio censo, en 1907, Torreón fue reconocida como ciudad. Cuatro años más tarde, la casa del primer edil electo vía el sufragio, fue convertida en cuartel de revolucionarios.

II

Las crónicas acerca del devenir cultural y artístico lagunero, previo al nacimiento de *Cauce*, no son precisamente abundantes. Es dicha generación la que inaugura la inquietud por las letras, la filosofía y otras disciplinas artísticas promovidas desde el *Ateneo Lagunero*. Estamos a la mitad del siglo xx. Si bien Othón y Novo habían hecho de Lerdo y Torreón, respectivamente, sus lugares de residencia por algún tiempo, no podemos decir que habían hecho escuela y ni siquiera generado algún movimiento en torno a la poesía. De Othón queda, sin embargo, el testimonio de *Una estepa del Nazas*:

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,

la llanura sin fin, seca y ardiente
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil ni una rompiente
y, al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no brillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

Acaso quien sí pudo influir directamente en el ánimo literario local fue el asturiano Pedro Garfias, amigo de aquella generación fundacional compuesta por Enrique Mesta, Rafael del Río, Antonio Flores, Emilio Herrera, Manuel Guillermo Lourdes, Juan Antonio Díaz Durán, Jesús Cueto Nicanor, Pablo C. Moreno, Jesús Flores Aguirre, José León Robles de la Torre, Felipe Sánchez de la Fuente, Álvaro Rodríguez Villarreal, Federico Elizondo Saucedo, Magdalena Briones, Lilia Rosa, Salvador Viscaíno Hernández, Adela Ayala, Joaquín Sánchez Matamoros, Jorge Valdés Díaz Vélez, Gloria González Salazar, Francisco Sánchez, José Herrera Madrigal y quien, con estos dos últimos mencionados, habría de fundar la revista *Hierba* y convertirse en la poeta de mayor reconocimiento que haya nacido en La Laguna: Enriqueta Ochoa. Para entonces, a decir de Magdalena Mondragón en su novela *Puede que l'otro año*, La Laguna estaba en pañales, "culturalmente hablando".

Con varias universidades privadas en la región que ampliaron el espectro académico, por mucho tiempo sólo ofrecido por la Autonomía de Coahuila, nuevas generaciones ensanchan también el interés por la literatura y la vocación por la escritura. La conformación del taller literario de La Laguna (dirigido en distintos momentos por José de Jesús Sampedro, Bernardo Ruiz y Daniel Sada) favoreció que brotara un puñado de nuevos escritores, algunos con el talento suficiente para hacerse de premios. Fernando Sánchez destaca la obra de Francisco Amparán y Marco Jiménez.

El regreso de Saúl Rosales a su patria incubó en La Laguna la formación de varios jóvenes escritores; una generación compacta de mayor proyección que las que le precedieron: Gilberto Prado Galán, Jaime Muñoz Vargas, Enrique Lomas, Pablo Arredondo, Gregorio García, Fernando Fabio Sánchez e, indirectamente, Edgar Valencia. Mucho más joven que ellos, pero también destilado en el taller literario a cargo de Saúl Rosales, destaca Vicente Alfonso. Los ha acompañado un nutrido grupo de laguneros que han hecho de la escritura su vocación y cuya mayoría ha cincelado su trabajo en talleres literarios dirigidos por el propio Rosales, Jaime Muñoz, Guillermo Samperio y Fernando Martínez. No estoy seguro de que los pañales culturales hayan cedido, pero hoy La Laguna esculpe con mayor definición su nombre en el imaginario literario mexicano, así como en otras disciplinas artísticas y en las humanidades. Destaca, desde luego, Mauricio Beuchot, uno de los filósofos más importantes de nuestro país. Lo anterior sólo es un retrato a modo de brújula, pues otros trabajos abundan en el censo literario y artístico local, ejercicio que no es mi pretensión lograr en este trabajo.

III

En la narrativa literaria no siempre la geografía real es relevante. No siempre la verosimilitud del relato exige precisión geográfica; incluso hay ejemplos memorables donde es la ficción la que da origen a espacios geográficos. Entre nosotros, quizá el ejemplo celeberrimo sea Comala.

Pero hay otros casos donde la geografía real es parte de la narración, puesto que imprime carácter específico a los personajes y vuelve comprensibles sus cuitas, sus anhelos y sus ofertas de sentido. Los vuelve literariamente posibles y lingüísticamente probables. Pensemos, por ejemplo, en *La región más transparente*.

Muchos autores enfatizan en su obra el espíritu de la geografía como parte de la propuesta narrativa. Y son varios los escritores laguneros que han hecho de su patria el escenario en alguna porción de su obra.

En este texto intentaremos rastrear la identidad y el imaginario simbólico de La Laguna, convertida en ficción a partir de las coordenadas literarias de quienes han escrito narrativa y desarrollan sus historias en la Comarca. Deambularemos en la ficción que han escrito Francisco L. Urquiza, Magdalena Mondragón, Saúl Rosales, Yolanda Natera, Francisco Amparán, Elvira de la Mora, Luz de Arellano, Jaime Muñoz Vargas y Bernardo Fernández. Todos ellos han confeccionado novelas cuyo escenario principalísimo es la Comarca y sus protagonistas son laguneros. Sin ser novelas, pero sí cuentos u obra narrativa que para los fines de este ensayo es importante considerar, rumiaremos también en textos de John Reed, Tulitas Wulff, Fernando Martínez Sánchez, Miguel Morales, Carlos Velázquez, Wenceslao Bruciaga, Magdalena Madero y Rosa Gámez.

CAPÍTULO I

Y EN EL PRINCIPIO FUE EL ORO BLANCO

¿Qué sabe nadie de lo que alguien es capaz de hacer?

"El lotófago"
Somerset Maugham

Generalmente la tierra que nos ve nacer y crecer nos cobra de manera sutil ese acontecimiento. Como un sosquín dado a nuestra virgen memoria, el terruño nos ancla a él y nos exige una fidelidad que, de quebrantarla, se paga con dosis de afilada melancolía que nos va borrando la autenticidad en la sonrisa. El terruño o, como acuñó el historiador Luis González, "la patria", es percibida en toda su bondad de pachamama únicamente por sus hijos de sangre. Rara vez ocurre que una persona que llegue de otro lugar experimente en esa tierra extraña la unión que sólo se fragua en el vientre.

A quienes toca en suerte que una tierra que no les vio nacer se convierta en seducción irresistible, suelen haber tenido motivos no umbilicales que explican tal volición; situaciones accidentales que a la postre pueden incoar raíces. Pero como no es general, algunos nunca logran vincularse de manera sustancial, como sí sucede con los

hijos de vientre. De ese modo, el enamorarse de una lugareña (con frecuencia el accidente más utilizado por la matría), un empleo o la huida de la miseria o de un pasado oprobioso, son algunos de los pretextos para trabarse a la suerte que depara a las personas una tierra que no es la suya. Y entonces las raíces abren brechas con su andar de taladro.

Pues bien, en ciertos lugares del África septentrional se da un árbol conocido como loto, de unos dos metros de alto, con un fruto carnoso y rojizo, dulce, parecido en su forma a la ciruela. Según antiguas leyendas, si el fruto era comido por extranjeros hacía que éstos olvidasen su patria y se quedarán para siempre en ese sitio. Debido a su condición de lotófagos olvidan su patria o, desde otra perspectiva, bajo un ensueño íntimo y perenne, son encontrados por una nueva, al estilo de las casualidades borgianas: en esencia eran citas.

Pareciera el lado opuesto de la metáfora de aquel árbol en el jardín primigenio que les fue prohibido probar a Adán y Eva: a diferencia de la expulsión que generó el consumo del fruto prohibido en el paraíso, en el caso del loto se ancla a quien lo consume, no se le expulsa. Como sea, lo indicado en ambos casos era no comer el fruto, so pena de perder el primigenio paraíso, aunque en sentido contrario: a unos los haría expulsar, a otros, en cambio, los ataría al nuevo territorio.

La faz de la tierra tiene reservados al humano paisajes seductores que, a falta de loto, suplen la posibilidad del hechizo con otros elementos que producen el mismo efecto en las personas: se enredan a ellos, los hunden en sus entrañas, los obligan a quedarse como si se olvidaran de su patria original, como si eso en verdad se pudiera. Y al parecer lo logran. Lotófagos por analogía.

La Comarca Lagunera lució como un lugar con características lotofílicas o al menos ha ejercido una atracción semejante en miles de personas que, sin ser del lugar, encontraron en este valle semidesértico una nueva patria. Habría dicho Cioran que el desierto es el jardín por donde Dios pasea su tristeza. Pues en un jardín semejante los laguneros cultivaron su paraíso. Algunos se resistían y para apagar su dolor cantaron su añoranza, como aquellos que acompañados por el sotol y el eco de las secas montañas comarcanas aullaban una tristeza armónica:

Yo ya me voy
a morir en los desiertos,
me voy del ejido
a esa Estrella Marinera.

Sólo en pensar
que ando lejos de mi tierra,
nomás me acuerdo
me dan ganas de llorar.

Pero a mí no me divierten
los cigarros de Dalila,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente.

Sólo el pensar
que me dejé un amor pendiente,
nomás que me acuerdo
me dan ganas de llorar.

Pero a mí no me divierten
los cigarros de Dalila,
pero a mí no me consuelan
esas copas de aguardiente.

El canto cardenche nos lleva a aquel tiempo en que la Comarca era atravesada por aullidos de trenes que hoy ya no avanzan, que son recuerdo, pero que transportaron a miles de sureños fantasmas henchidos de sueños e itacates hacia un norte aún por hacer. Al desierto llegaron y éste les saludó con su abrazo de espinos y noas; abrazo impío que abrasa y ahoga: los volvió cactus. Por eso echaron raíz. Por eso su canto nace aquí y aquí yace bajo el pisar del coyote y la caricia helada de la serpiente de cascabel. El cañón de Jimulco es el rincón de La Laguna: cuna del canto cardenche.

Así como toda verdad profunda, el origen de la canción cardenche es un mito, o mejor y más propio, son tres interpretaciones que se cruzan a capela: que si es una herencia de laguneros venidos por la puerta sur de la Comarca (de Juan Aldama y Miguel Auza, Zacatecas, a su vez influenciados por voces andaluzas); que si la pobreza del desierto, que no tiene para instrumentos, sólo puede cantar a capela; que si era una manera de imitar los aullidos del coyote o que si las voces acompañantes simulaban el sonido de instrumentos que no se tenían. No se sabe, y no importa no saber, pues detectar el origen de la tristeza y la cuna de la soledad poco ayuda a aliviar la herida eterna que provocan.

El *Yo ya me voy a morir en los desiertos* es algo de lo mejor de la poética cardenche, esa que más allá de rimas y métrica, versos y estrofas correctas, se teje con sotel, desierto, mucho trabajo, cansancio, explotación y exceso de nostalgia, ya sea de lo que fue, de la mujer imposible o de la risa que no será. Habituales temas parroquianos de cantina, también.

Imaginación y horizonte quejumbroso, algodonaes sin frontera entre los cuales muchas sombras de voz agrie-

tada encadenaron su libertad: es el campo lagunero del atardecer del siglo XIX y la aurora del XX.

Al dolor, para serlo definitivamente, le es preciso su canto y el cardenche se ofrece voluntario.

Tres voces (ocasionalmente cuatro) soportan la canción cardenche: la primera, la del líder que marca la pauta, los tiempos y las entradas ayudado por las rodillas y los brazos; quienes interpretan lo han de hacer sentados, ya que ésta es la única posición dable para quien ha trabajado todo un día bajo el sol. La segunda, de arrastre o "marrana", es la voz grave. Y la tercera, contralta o requinto, canta la melodía con un registro agudo.

Tocar el alma, quizá ésa es la clave de interpretación y sentido del canto del dolor, del cardenche. Toca el alma y lo hace en dos direcciones: toca en cuanto que musicaliza el alma y toca en cuanto que la siente.

Nostalgia por la tierra dejada, desconsuelo por un amor pendiente, ausente, y que ni el sotol ni el cigarro logran hacer olvidar. El recuerdo rasga y cuando la tristeza es mucha, la sangre del corazón brota en forma de lágrimas por los ojos. El cardenche es la más sincera expresión de canto que posibilita un desierto como el de la Comarca Lagunera. A tres voces el cardenche canta su dolor y nos comparte estampas de la marginación social y de ese México del que sólo quedan vestigios de adobe y acequias envejecidas: los ejidos de La Laguna.

El cardenche es la ópera campesina de La Laguna porfirista. El canto a tres voces es el coro de los peones acasillados y de quienes llegan a las estaciones recién inauguradas para que los trenes, que a borbotones escupen migrantes, descansen sus máquinas. Es una época —la porfirista— de bonanza algodонера y de crecimiento económico en la región. Para 1909, la estación de Torreón registraba, entre llegadas y salidas, 27 trenes al día.

La demanda de mano de obra para los periodos de cosecha del algodón crecía año con año y muchos se quedaron, pues se construyeron los canales y tajos que fueron encauzando y controlando las aguas del Nazas y requerían la fuerza de miles de peones.

De manera paralela a la bonanza agrícola, el comercio y la banca aumentaron sus actividades, y con ellas, la llegada de numerosos grupos de distintas nacionalidades, notoriamente españoles, chinos, ingleses y norteamericanos. Si para 1893 se contaban por decenas los extranjeros en la región, para fines del porfiriato representaron una porción significativa de la población urbana, no sólo en número, sino principalmente en capital.

Los latifundios laguneros tuvieron en el porfiriato la característica de empresas agrícolas orientadas al monocultivo exportador. Sus propietarios se hicieron de capital, pero la gran masa de peones, si bien encontró mejores condiciones que en el sur, mantenía su condición de siervos de "la maldita necesidad".

Desde finales del siglo XIX al primer tercio del siglo XX, es decir, durante el porfirismo y el periodo revolucionario, La Laguna es una comarca rural. Lo es en su canto —el cardenche—; lo es en su habla, tejida por las voces y costumbres de miles de peones llegados del sur y centro del país; lo es porque el oro blanco, el algodón, es el imán que atrae a mexicanos y extranjeros; lo es porque este comal rejego tiene a la hacienda como elemento central de la economía regional; lo es porque el agua es el oro líquido generador de fortunas e infortunios. Nada propició más abundancia ni más muertes que el control del agua.

Ese periodo rural es el que ocupa el mayor número de textos por parte de los escritores laguneros y de quienes se han acercado a La Laguna. Magdalena Mondragón,

Francisco L. Urquizo, John Reed, Elvira de la Mora, Luz de Arellano, Yolanda Natera y Jaime Muñoz Vargas han escrito novelas (salvo la crónica en Reed) donde se reconstruye literariamente esa Laguna del mito fundacional. Laguna como tierra de hombres esforzados y tenaces, en la obra de De la Mora y de Arellano; Laguna como tierra de mujeres recias, en la obra de Mondragón y Natera; Laguna como tierra de Revolución mexicana, en Urquizo y Reed; Laguna como tierra de explotación y marcada por las costumbres de los de abajo, en la obra de Mondragón y Muñoz Vargas.

Una lectura atenta deja que se vea un despliegue ideológico y hasta militante de estos autores en su obra. Llama la atención el androcentrismo en los textos de De la Mora y De Arellano; en tanto el estilo, y quizá hasta el interés periodístico de la narración, es evidente en los trabajos de Reed y Mondragón. Su pasión vital, su biografía y el grueso de su obra tienen como protagonista la vida castrense: Urquizo es el soldado escritor. Un feminismo militante se lee en las páginas de la obra de Natera, en tanto que el humor agrio y políticamente crítico caracteriza el trabajo de Muñoz Vargas. Es interesante la perspectiva que nos comparte cada uno de estos autores de su común tierra de origen y escenario de sus novelas.

Aunque referidos a la misma época, las novelas fueron escritas en diversos horizontes tanto ideológicos como de posición de clase ante ese pasado lagunero. Pareciera que al momento de interpretar y reconstruir literariamente esa época de su tierra, los autores no pudieron prescindir de sus posturas políticas. Más aún, su obra emerge como conjunto de ficciones que disputan la legitimidad de los relatos que constituyen el imaginario fundacional de lo lagunero. Si bien todos abordan temas comunes,

la valoración que hacen de ellos es diversa y ajena a un acuerdo ideológico respecto a esas décadas fundacionales del mito lagunero.

EL CARDENCHE

En *Tierra de hombres* son los peones que "lejanos cantan cardenches en el pequeño poblado del rancho a la luz de la luna" y entre ellos se encuentra el hijo del dueño de la hacienda, protagonista de esta novela de Elvira de la Mora. En esa misma obra, "a la puerta de casas o jacales las muchachas sentadas en sillas chaparras, escuchan embelesadas la serenata [cardenche]".

En *Puede que l'otro año*, de Magdalena Mondragón, el cardenche es tanto un canto de amor como de despecho, como este que allí se menciona:

A la berrenda Jelipa
hija de tía Jelipa la cabeza
comprometedora de hombres:
Tengo pecho de cantera
corazón de piedra dura
me he burlado de otras mejores
conti más de ti, basura.

El cardenche se constituye en el canto de los pobres de La Laguna. El canto que como serenata, como reclamo, como lamento o como goce amoroso surgió de las entrañas de los de abajo en La Laguna. No existe mención alguna a que sea cantado por un estrato social distinto a la peonada. Salvo en el caso de *Tierra de hombres*, donde el protagonista y su acaudalada familia son retratados como hacendados de tan generoso corazón que incluso se acer-

can a sus peones. El cardenche es patrimonio de los que poco o nada tienen, salvo su servicio al patrón.

La mayor referencia al canto cardenche en las obras revisadas se presenta en *Juegos de amor y malquerencia*, de Jaime Muñoz. Allí, la canción cardenche es cantada bajo los pinabetes por los peones de la poderosa y enorme hacienda de Santa Teresa; se canta por "hombres que trabajaban para el hacendado y que están hechos para sobarse el lomo en la labor". Pero cantan no sólo su dolor sino también sus cuitas amorosas, como aquel bonito cardenche que así mero dice:

al pie de un verde maguey
yo me quedé
yo me quedé
mi amor se quedó dormido
qué ingrato fue
al canto de los borrachos yo desperté
qué crudo vengo
quiero curarme, no hallo con qué...

Ese grupo de peones aficionados al sotol, al más barato de los tabacos y a las cartas, hace del cardenche el canto para aliviar las cuitas del desprecio y la falta de correspondencia amorosa, se enemista con un famoso gavillero con quien amarran pleito, mismo que deciden arreglar mediante el juego que, aún hoy, más caracteriza a los ranchos y ejidos laguneros: el béisbol.

La etapa en que estos personajes cobraron vida fue aquella de los años veinte. Todavía Lázaro Cárdenas no era el Tata aquí y aún los hacendados lo eran a sus anchas y mercedes. Fue una época de matanzas y persecución a campesinos, como aquella del primero de mayo en el pueblo de Matamoros, cuando azuzados por latifundis-

tas, soldados, policías y presos obligados a ello, mataron a una veintena de campesinos que desfilaban y exigían tierras conforme a lo que ordenaba la Constitución Política, hacía diez años promulgada. Época en la que eran comunes diálogos como el que sostuvieron el líder campesino Arnulfo Moreno y el general Alejandro Mange, según refiere Alfonso Hernández:

—Su gracia de usted amigo, inquirió el general.

—Arnulfo Moreno.

Le dijo el general:

—Tú eres alborotapueblos.

—Mi general, soy el que represento a los campesinos del cuadro de Matamoros, Coahuila.

—¿Dónde tienes tu tierra para darle a los campesinos?

—Ando en buscas, yo no tengo, pero el gobierno tiene.

Le dijo el general:

—De esos árboles que están ahí, ¿cuál te gusta para colgarte?

De ese tiempo son los personajes que Muñoz Vargas recrea y convierte en equipo de béisbol, en su *Juegos de amor y malquerencias*, además de enamoradizos cardencheros. De alguno de ellos, además, se especuló por años en la región que había salido la orden y decisión de matar al principal de la hacienda de Santa Teresa, un español que hizo y deshizo a su antojo mientras así se le dejó vivir en La Laguna.

En tanto se tejen las historias de amores de cantina y los pleitos a resolver en nueve entradas, se cruza también la presencia de esta figura típica del momento: el capataz de hacendados, el personero de latifundistas que hacía ver su mala suerte a cuanto peón y campesino pasaba por las tierras que administraba.

La ficción que el autor logra crear remite, sin caer en la facilidad del mecanicismo y la copia naturalista sino con el talento del que es capaz de cincelar la piedra del lenguaje común para convertirlo en literario, a una atmósfera plagada de sinceridad histórica y, por fortuna, carente también de toda precisión histórica, si por ésta habremos de entender hechos. No es necesario en la novela acertar en la historia cuando lo importante es acertar en la recreación, pues allí encontramos claves más eficaces a la hora de interpretar un pasado, un episodio, o el motivo por el cual se formó un equipo de béisbol a mediados de 1925 en los terrenos de una hacienda lagunera.

El lenguaje al que recurre Muñoz Vargas para narrar la historia, so pretexto de mero corrector de estilo, logra conjuntar eficacia, verosimilitud y autenticidad. De allí que, quien platique con laguneros que rondan los setenta y ochenta años encontrará acentos, repeticiones, usos y palabras que el escritor bien aprehendió para escribir su novela.

EL AGUA

Invariablemente, en las novelas del periodo que denomino fundacional, el tema del agua está presente y crudamente mostrado en sus dos polos: fuente de vida y fuente de conflictos. En *Puede que l'otro año* se plantea la polarización social que genera el agua. Es fuente de riqueza y por tanto de diferenciación social. De diversos modos aparece el tema del agua en la novela de Magdalena Mondragón.

Como fuente de conflicto:

- ¿Sabe su mercé lo que se cuenta?
- ¿Qué se cuenta?

—Que el agua ya viene, y que no nos van a dejar cogerla, y sin agua no hay aniego y sin aniego no hay siembra [...] los Martínez también tienen derechos sobre estos canales [...].

Eustaquia, la protagonista de la novela, mujer recia, no se deja amedrentar por la amenaza de esos otros rancheros, los Martínez. No sólo se muestra la disputa por el agua; está también presente la lucha por otro modo de llevar una empresa agrícola, aquella regentada por una mujer, en una región donde los fundadores son, según los historiógrafos, hombres.

Respondió Eustaquia a su peón: "No sería la primera vez que hubiera tiros por el agua: menos mal ahora con los derechos arreglados, pero antes eso era cosa que sucedía todos los días [...]". Y líneas más adelante dice: "Muchos odios de familia en que se destruyeron sus miembros integrantes, tuvo lugar no por otro motivo más que por el agua. ¡Bendita agua, cómo cobraba sus tributos, en vidas!"

También como motivo de conflicto aparece el tema del agua en *Tierra de hombres*. Allí se escribió:

Mientras tanto, allá en el campo, bajo los rayos directos del sol de medio día que parece calcinarlo todo, un contra-tiempo de gran trascendencia ha detenido en efecto a don Juan. El agua. Siempre el agua. En una forma o en otra. Porque sobra o porque falta.

Si sobra, el agua sobreabunda y, en una época de escasa ingeniería hidráulica, las inundaciones de las tierras de siembra o de las pilas de jacales generaba tragedias convertidas en pérdida de vidas y económicas; estas últi-

mas significaban meses de redoblar esfuerzos y trabajo para recuperar aunque fuera un poco de lo perdido.

Hay una marcada fe, en los padres fundadores de La Laguna moderna (el gran agricultor y terrateniente) en que ninguna adversidad detendrá su misión en esta tierra. Ante la tragedia, el Padre fundador se engrandece, se crece al castigo, como dirían los taurófilos. Pero el peón, acostumbrado a ser el dique de los golpes, protesta ante los alegatos consoladores del Padre fundador: "¡Sí! ¡muy bonito en palabras todo eso, don Juan! Pero a la ora de l'ora, ¿qué hacemos con l'agua?" La respuesta, no podía ser otra en un Padre fundador, y se deja venir con un ímpetu apenas comparable a la fuerza del Nazas indomado: "Con marcada seguridad, apretando un puño en alto como sujetando al río, él le contesta: ¡dominarla!, ¡encauzarla! ¡haremos canales y tajos para desviar la fuerza bruta! ¡y no tendremos inundaciones!" En ese grito fundacional que dio origen a aquel otro de "vencimos al desierto", se anida la infancia de lo que a la postre se conocerá como el principal sistema de irrigación del país, el modelo de riego para el campo productivo mexicano.

Porque antes de consolidarse como tal, la indomable agua superficial y la ausencia de técnica para la extracción no daban abasto a las necesidades misionales de los padres fundadores: "la poquísima agua que logran sacar de la misma tierra no es suficiente para anegar los campos en el tiempo y cantidad que exige la siembra del algodón". El algodón y la riqueza exigen agua.

Esa exigencia es la que despliega la posibilidad del conflicto. El agua como disputa entre los Martínez y doña Eustaquia y no por el agua misma, sino porque el algodón (la riqueza) exige agua. Así las cosas, el agua es tratada como medio en La Laguna. Y entonces, desde su fundación moderna, en la Comarca pareciera ser que el agua se instru-

mentaliza, y no para la vida, sino para la riqueza. El agua no como vida, sino como riqueza. El conflicto y la disputa serán el sino que acompañe al agua en este desierto.

El agua, principio de fortuna, y por ende generadora de conflicto antes que de unión, también afectó la visión de los héroes nacionales. Por la época narrada, Madero, el mismo caudillo que logró aglutinar en una causa común a hacendados y a peones, describía con pena la dificultad para hacer algo semejante con los padres fundadores laguneros, y a propósito del conflicto por el agua, escribió:

Mi ánimo no es el de lastimar a nadie, pero creo que en general los habitantes de esta Comarca tenemos un defecto muy común entre nuestros compatriotas: gran dificultad para unirnos a fin de formar asociaciones, modo único de llevar adelante las grandes empresas.

Pero no podía ser de otro modo en una "tierra que fue mar". El agua habría de ser manantial de vida y rincón de tragedias. Porque como remata Magdalena Mondragón: "En lugares donde todo depende del agua para que haya bonanza o miseria, la gente se vuelve así, ruda, inmisericorde; no hay nada tan eficaz para despertar a la fiera como que se intente quitarle el pedazo de pan de la boca".

El segundo sentido que se le da al tema del agua, fontanal de fortuna, y que parece contiguo al anterior, aparece en *Puede que l'otro año*:

Comarca Lagunera... 500 000 hectáreas en las que la mano del hombre, iniciando la obra a la mitad del siglo pasado, y acentuándola vigorosamente en el transcurso de los años, estableció un sistema de irrigación con las aguas de avenidas del Nazas y Aguanaval, integrado por

numerosas presas, canales primarios y una extensa red de canales secundarios distribuidos, que en conjunto forman uno de los sistemas de riego más admirables de México.

Ese sistema de riego, orgullosamente descrito, se enuncia también en *Tierra de hombres*, y se visualiza como solución a los retos de lograr mejores cosechas y más riqueza:

- Oye papá: ¿qué se podría hacer para tener agua sólo cuando fuera necesario?
- Una presa en toda forma.
- ¿Y por qué no la hacen?
- Porque esa obra cuesta muchos millones de pesos.

La Laguna, convertida en un laberinto de canales, presas, tajos y acequias, es obra de la visión de los padres fundadores: el capital terrateniente predominantemente de origen extranjero. Así como de las grandes catedrales no sabemos quiénes cortaron y pegaron las piedras sino sólo conocemos el nombre de las mentes que las idearon, de modo semejante nos sucede con el sistema de riego fundacional lagunero: sólo conocemos el nombre del Padre fundador que tuvo la visión para desarrollarlo. El arquetipo por excelencia del Padre fundador, en el sentido que le hemos dado en este texto, es Leonardo Zuloaga, referido en *Puede que...*: “Don Leonardo Zuloaga, esposo de doña Luisa, vasco de nacimiento, fundador de la riqueza agrícola en La Laguna; sólo la altivez de la raza vasca podía dar tan bellos frutos”.

Esta visión de los vascos y el carácter emprendedor del lagunero (léase el gran terrateniente) es corroborada por Sergio Antonio Corona en *Comarca Lagunera: constructo cultural*, donde se muestra que la “altivez” vasca no sólo

lo estuvo presente en las postrimerías del siglo XIX, sino que distinguió a aquellos aventureros que habían hecho de La Laguna un nuevo patio de riqueza: vascos y tlaxcaltecas acompañados por jesuitas.

De ese modo, la exaltación del carácter del Padre fundador la escribe Magdalena Mondragón: "Lo maravilloso de estos hombres... [es que] siguen poseyendo íntimamente el corazón del aventurero, y así como juegan al azar con la tierra, juegan con la vida".

Un tercer modo de referencia al tema del agua alude al paisaje y carácter que genera. Ya hemos referido que en *Puede que l'otro año*, Mondragón pondera el modelo de irrigación de La Laguna establecido para encauzar las broncas avenidas de esas dos venas primarias que son el Nazas y el Aguanaval, nutrientes naturales de las "numerosas presas, canales primarios y una extensa red de canales secundarios distribuidos que, en conjunto, forman uno de los sistemas de riego más admirables de México". Pero no sólo como técnica de riego se observa esa red de canales, sino como un elemento constitutivo del paisaje local. No hay tierra de sembradío que no sea rasgada por la alegre presencia de una acequia.

En *Otro amanecer*, de Yolanda Natera, el paisaje aludido es un frecuente paseo por aquellos años de la infancia del siglo XX: el recodo que formaba el río Nazas a la altura del paraje conocido como Raymundo, adonde la nana de Sara, Jimena, solía llevar de paseo a los niños: "Ella y Felipe nos llevaban de día de campo a Raymundo, ese paraje del río Nazas donde los árboles hacían valla para que pasara el dador de la vida en el desierto" y la cosmovisión rural de Jimena daba sentido a esas excursiones: "Vamos al agua para que el agua les limpie la sangre".

Urquiza, el soldado escritor, pone en boca de Espiridión Sifuentes, el soldado de leva protagonista de *Tropa*

vieja, una descripción del campo lagunero donde la presencia del agua y sus obras resulta evidente:

Me levanté como pude y salimos todos al trote de la hacienda por el bordo del tajo, camino de Santa Teresa [...] el camino iba al lado de una acequia grande, un *vientecito* suave movía las hojas de los álamos y las urracas revoloteaban alegres [...] el sol [...] hacía reverberar las tablas de la laboría anegadas por el riego y las hojas verde-negras de las matas de algodón [...].

El paisaje del agua en La Laguna adquiere su máximo esplendor como fruto en el algodón. Si el agua era fuente de riqueza, lo era porque al paso de los meses y luego de afanosas jornadas, se convertía en oro blanco: algodón. Era el agua del reino del algodón en México, como diría Plana. Lo que el loto mitológico es en África, como señalamos antes, fue el algodón en La Laguna. Después de centenas de años que las lagunas dejaron de pintar los valles arenosos de la Comarca, el blanco impetuoso del algodón vistió la región. Así lo expresa Natera en *Otro amanecer*:

Torreón se había convertido —debido al auge del algodón— en un nuevo remolino de oportunidades que atraía a una diversidad de nuevos pobladores nacionales y extranjeros, tan diversos en sus orígenes y costumbres, que se iban entretejiendo entre las tierras salpicadas de cactus.

Así, el algodón fue el color blanco que el agua adquiriría al paso del tiempo en La Laguna. Agua y algodón engrandecieron a la Comarca de los padres fundadores. Agua y algodón habrían de ser, veremos después, motivos ya no sólo de conflicto entre patriarcas fundadores, sino con

aquellos hasta entonces no incluidos en la conformación del mito lagunero: la peonada.

No sólo por su beneficio económico sino por la conquista simbólica que representó, escribe Mondragón que: "El algodón del año de 1913 fue confiscado por Francisco Villa y exportado a Estados Unidos". La revolución caló hasta los tuétanos al mito fundante y su símbolo.

En el periodo de los padres fundadores el agua lagunera prefigura sus sentidos regionales: fuente de riqueza, de conflicto y paisaje particularísimo. El agua da carácter a la empresa, a la lucha y al rostro lagunero.

LOS HIJOS DE LA LAGUNA

Decíamos que en *Puede que l'otro año* la autora, por momentos harto crítica, describe también el carácter tenaz de los padres fundadores como jugadores y aventureros. Salvo los Madero, poderosísima y arcaica familia de abuelo lagunero, la mayoría de los terratenientes y los grandes comerciantes en la época de los padres fundadores venían de otros países, como refiere Mondragón: "Así pues el capital, casi en su totalidad, es extranjero".

Quizá es en *Otro amanecer* donde con más detalle se distingue la fuerza del capital extranjero en La Laguna:

Los domingos en la plaza (de Lerdo) se arremolinaba el gentío [...] había grupos de fuereños; en su tipo se notaba un aire de otros países. En unas bancas se sentaban unos güeros ojiclaros que habían llegado del otro lado del mar, de Alemania, Suiza e Inglaterra; ellos tenían tiendas y ferreterías. En otras bancas resaltaban las boinas de algunos españoles y su hablar aspavientoso, muchos de ellos

eran agricultores y de sus extensas tierras brotaban abundantes cosechas de “oro blanco”. Había algunos chinos que alguna vez cruzaban por la plaza sin detenerse [...] los chinos sembraban hortalizas; después llegarían muchos más a Torreón.

Esta fotografía que parece era frecuente en los albores del siglo XX por las arboladas plazas de Lerdo —todavía hoy las más hermosas de La Laguna— hacía que los lugareños nacionales anhelaran esas cualidades de los extranjeros, y así lo corrobora Natera en boca de uno de sus personajes: “Me gustaría poner un negocito como estos fuereños. Los árabes, gachupines y güeros se apean aquí, y rápido abren su tendajón. ¿Quién sabe cómo le harán? Porque llegan como elote desgranado y al rato se cuajan de billetes”.

Aunque cuajados de billetes, no todos los extranjeros se comprometían del mismo modo con el reino del algodón en México. Escribe Mondragón:

Cuando el hombre de La Laguna ha ganado bastante dinero, deja una parte aquí, y otra va a tirarla en viajes a España, si es español; si es mexicano comienza el éxodo hacia el norte [...] casi todos los hijos de La Laguna presumen de hablar inglés [...] en cambio, los hijos de los campesinos, de los peones, apenas si tienen en cada hacienda una mala escuela en donde poco se enseña y poco se puede aprender [...] los hacendados en cambio siempre llevan buena vida y se gastan el dinero en forma liberal [...].

Llama poderosamente la atención la diferencia que marca la periodista entre “los hijos de La Laguna” y “los hijos de los campesinos”, acaso como en ningún otro pasaje de la literatura lagunera se expresa allí con suma pre-

cisión la fuerza de la hegemonía del Padre fundador y su descendiente legítimo en el imaginario simbólico lagunero: el Hijo de La Laguna es ese otro que no es el campesino acasillado.

Desde esa época se prefigura ya lo que cincuenta años más tarde sería una realidad: el Padre fundador deja su lugar al gran comerciante, quien no sólo se apropia de la riqueza sino de la fuerza simbólica ostentada por el fundador: el nuevo recio aventurero y tenaz hijo de La Laguna es el burgués comerciante. Más adelante abundaremos. En tanto, enunciemos aquí su prefiguración también en *Puede que l'otro año*:

Torreón seguirá progresando comercialmente, pero culturalmente está en pañales y seguirá estándolo por mucho tiempo. Sus hombres están ensimismados en la agricultura, por que no hay un centro fabril de importancia en la región que es productora de algodón; la misma manteca de algodón es traída de Monterrey; y en cuanto al comercio, está acaparado por árabes que no han fundado siquiera un centro de recreo digno de visitarse, se casan entre ellos, hacen sus casas para vivir y paremos de contar; el español, no; el español es espléndido por naturaleza, tiene su casino, se mezcla noblemente con el pueblo y si va y deja su dinero a España, en viaje de placer, vuelve a La Laguna y muchas veces aquí muere, aquí queda su familia, su espíritu, su dinero.

Hay una notoria predilección por los asentados españoles. Más adelante veremos que entre los extranjeros en bonanza local, tocó principalmente a los chinos correr con la peor de las suertes: el odio convertido en masacre. Con el español se es condescendiente cuando se describe y en *Puede que l'otro año*: —El gachupín chico—

como mercancía, como nueva venta de esclavos, era traído a La Laguna, donde poco a poco y a base de esfuerzo, de trabajo, y otras a veces de estafa, se logra hacer fortuna”.

La fortuna no sólo se usa para viajar e invertir, sino también para ostentar. Y el lugar para hacerlo es el Casino, en donde la entrada se mide en las propiedades y en las hectáreas de las que se es dueño. En *Tierra de hombres*, la autora escribe el siguiente diálogo entre los dos hijos de don Juan, terrateniente y Padre fundador, a propósito de Rosita, la hija de Eulalio, empleado favorito del buen hacendado:

—Ya sabes lo delicado que es Eulalio. Dice que no pertenecen al Casino.

—¿Y eso qué?, algún día tienen que pertenecer, ¿por qué no? Eulalio y su familia son de lo más decente y honrado. Y si a dinero se refiere, papá ha dicho que Eulalio ya no siembra a parcela. Es propietario de más de doscientas hectáreas.

El perfil del Hijo de La Laguna es ser hijo del Padre fundador: español, decente, honrado y, además, adinerado.

“En —sus— fiestas corre champaña con profusión y se respira alegría aunque no elegancia”, escribe Mondragón. Y sigue, como para excusar a quienes aún no logran hacer propio el sueño lagunero: “De todos modos, aunque no se tenga dinero, se aparenta como si se tiene, y se vive como si se tuviera”.

Y es que, como entre los toreros, no sólo hay que serlo sino parecerlo, por eso en la apreciación de la indiada, del Hijo del campesino, se describe al administrador y al terrateniente español: “Gachupín como todos: coloradote y güero, sombrero de jipi, buena pistola, pantalón de pa-

na, caballo inquieto y una buena espada [...]", según se narra en *Tropa vieja*.

LOS HIJOS DEL CAMPESINADO

Ya nos decía Magdalena Mondragón que los hijos de los campesinos, de los peones, "apenas si tienen en cada hacienda una mala escuela en donde poco se enseña y poco se puede aprender [...]". Por ello, no es difícil imaginar lenguajes y tradiciones como las que la propia Mondragón pone en boca de una sirvienta de Eustaquia, su protagonista en *Puede...*:

¿Cómo qué, mi ama? Que mientras usted estaba en la función, dejamos a su hermana duermiendo, y endenantes, que si'acercó la Cleta a darle una güeltecita, la encontré blanca, con blancura de muerta, se acercó a tocarla y está fría, sin gota de sangre ni por fuera ni por dentro, como si la hubieran matao por brujería.

Tradiciones y creencias religiosas traídas del interior del país por la peoniza. Costumbre que arraigaron, como esa del "Dios de Jimena que era bullanguero y era festejado con danzas de matachines, buñuelos, tamales y reliquias. Cada quien tenía su propio Dios", según narra Natera.

El uso del castellano puesto en boca del campesinado lagunero recuerda los diálogos de personajes de Yáñez, Azuela y Rulfo del México del centro y occidente. Y es que de allá llegaron a poblar La Laguna muchos campesinos que lo mismo se vendían para la pisca que para la revuelta revolucionaria; lo dice Eulalio en *Tierra...*:

Y pa' la cosecha [...] vamos bien, pues aunque en la leva los federales se siguen llevando por "quítame esas pajas" a muchos pobres hombres de los alrededores, hoy llegaron a Gómez Palacio y a Torreón trenes con gente del interior pa'entrarle macizo a las piscas.

Gente que venía por una pesca, por una temporada de cosecha, pero que quedaba atada a La Laguna, puesto que, a pesar de las condiciones en que vivían, les parecía mejor quedarse aquí que regresar a la miseria de la cual habían escapado: "¡Ah, Chihuahua! Pos si aprieta rete-juer-te la tierra. Y pior esta de La Laguna, verdá don Juanito? Nosotros vinimos aquí dizque por unos días nomás a pis-car y ya llevamos cinco años seguiditos [...]".

Como puede leerse, es difícil encontrar parangón a la capacidad de aceptar el peso de su condición de los campesinos descritos por De la Mora en su *Tierra de hombres*.

Pero esa docilidad del campesino mexicano de la época no es general entre quienes llegaron a La Laguna; escribe Mondragón que:

En las numerosas haciendas, en el montón anónimo del campesinaje, se esconden tipos tremendos; por lo regular asesinos, ladrones, gente maleante de Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, etc., buscan refugio en La Laguna, donde saben que casi es imposible localizarlos disfrazados de peones, ya que los peones en las haciendas dejan de ser personas y sólo son medios de trabajo, sin importarle al dueño del rancho la vida, ni menos la intimidad de esta vida de sus trabajadores.

Qué mejor lugar para comenzar de nuevo o esconderse del infierno, que un reino donde el disfraz de peón equivalía a dejar de ser personas para convertirse en un

utensilio más de los hijos de La Laguna. Acaso por eso, por instinto de sobrevivencia, dice Mondragón que el peón lagunero es “ladino por naturaleza, bien sabía que no era por la amistad, que era por el interés, y se hacía esclavo del juez, hasta que el gobierno enviaba otro, mientras regalaba, regalaba, es decir pagaba [...]”. Esa corrupción parecía mal menor y necesario para mantener menos atemorizada a la campesinada, pero al mismo tiempo favorecía su control y embrutecimiento. La misma Eustaquia va a denunciar cómo el propio jefe del cuartel era el que “a espaldas de la autoridad, y como negocio particular, vendía el vino. De ese modo no era extraño que jamás se terminara la embriaguez en los ranchos”, por tanto, era lógico que se pensara del campesinado que “han de estar pobres por flojos”, como diría una buena mujercita, en la novela de Yolanda Natera.

La interpretación anterior contrasta con la que hace De la Mora en su *Tierra...*:

¿Por qué todos hablan aquí tan [...] tan [...] payo? Ah, pos porque [...] porque lo que decimos nos sale desde muy adentro verdá [...] —socarrón responde el rancho—. Y porque pos [...] pos somos como la tierra de aquí, lisa [...] llana [...] sin enredos ni vericuetos.

Esta última interpretación ha predominado y se considera al lagunero un tipo franco, sin doblez. Claro, hasta que cambie el juez, se diría con Magdalena Mondragón.

Dócil y arraigada, almas rebosantes de creencias y tradiciones, trabajadores y flojos, iletrados y bandidos, borrachos y ladinos, lo cierto es que la peonada, el Hijo del campesino, fue anidando rencores a los que sólo hacía falta el fuego de un cerillo para explotar como cañón. Así lo escribió Yolanda Natera: “Pero los peones están inconfor-

mes. Yo oigo tantas cosas en el consultorio —comentó mi padre—. Parece que se les está cargando mucho la pobreza; algunos peones hasta quisieran sacarles las entrañas a sus patrones". Las entrañas de una revuelta estaban dadas. La revolución ardió en La Laguna con la fuerza que en ocasiones mostraba el padre Nazas.

LA REVOLUCIÓN EN LA LAGUNA

Mondragón establece:

Pero no todo es vida y dulzura en los ranchos de La Laguna; en todos ellos se agita el supremo anhelo del campesino: poseer un pedazo de tierra; en todos ellos se agita el deseo de liberación, de caminar por su pie, pero tienen que ser ayudados por el gobierno [...].

El mito del Padre fundador y el del Hijo de La Laguna, fueron demasiado excluyentes como para ser comparados por el Hijo del campesino.

Pero cómo romper el cerco levantado en torno a aquellos mitos y al acceso al sueño lagunero. En *Puede que l'otro año*, la autora plantea una hipótesis del por qué el letargo social a pesar de la inconformidad:

[...] queda a los naturales el recurso de la empleomanía, o del campesinaje anónimo. Ésta es la principal causa de que La Laguna no tenga perfiles de carácter ni alma propias; la clase media está integrada por empleados; y la clase media culta, integrada por profesionistas, sigue como de costumbre estancada, abarrotada de prejuicios; todo mundo tiene miedo de decir algo, se concreta a vivir, a comer, a dormir [...].

Acerba crítica a la pasividad de la clase media, quizá la más acre hecha hasta ahora a ese estrato en la localidad.

De la familia Madero, una de las más acaudaladas del país, amiga de Tomás A. Edison quien, por deferencia con sus amistades lagunares facilitó el uso de la bombilla eléctrica en Parras antes que en cualquier otra hacienda y pueblo de México, provenía Francisco Ignacio. Por las fechas en que se sitúan los diálogos aquí referidos, escribió el texto que serviría de documento inspirador de la denominada Revolución mexicana, sostenida por un pueblo cansado y hartó. Esa loza ancestral que se pasaba generacionalmente entre el campesinado, a escondidas, lo hacía vociferar. Así lo externa un campesino en *Tropa vieja*: "El cura Hidalgo dejó las cosas a medias, seguían mandando los gachupines, mandando en nuestra tierra quién sabe hasta cuándo".

Pasaban los años, las cosechas abundantes, el resplandor de la bonanza en los grandes ranchos, y la peonada, como refiere Natera, seguía trabajando mucho "por un sueldo mísero".

Pero un primer intento de revuelta certeramente sofocado, había servido para apaciguar a la peonada. Al llamado de los hermanos Flores Magón en 1908, en Viesca se habían tomado los edificios públicos. Pronto la sublevación campesina fue controlada. Ese hecho lo recuerda el soldado escritor en su *Tropa vieja*: "No compadre, el que se levante aquí, fracasa como fracasaron los Flores Magón en las Vacas y en Viesca [...]".

Pero los de abajo ya habían iniciado. Ahora vendría uno de la cúspide social para volver sobre lo mismo. Había que hacer cambios. Los unos peleaban por tierras; los otros, por acceso abierto y vía sufragio, al poder. La revuelta era inminente y las decisiones finales de Díaz la precipitaron.

La Laguna fue escenario principalísimo de la guerra revolucionaria. Después del llamado de los Flores Magón, Madero también encontró eco al suyo con gente que se armó y entró a Torreón, Gómez Palacio y Lerdo. Y aunque Villa es el personaje de la Revolución asociado a La Laguna, lo cierto es que antes de que él entrara por primera vez, como se dice en *Tropa vieja*:

[...] la región lagunera ya andaba revuelta: Sixto Ugalde, aquel que había sido mayordomo de haciendas, levantaba a la peonada del campo; con él decían que andaba Benjamín Argumedo, uno que había sido sastre en la hacienda de Santa Teresa [...].

La narrativa literaria recoge dos grandes conjuntos de hechos revolucionarios en La Laguna; uno, el de la toma y presencia de Francisco Villa y su ejército en la región; y el otro, la matanza de chinos a manos de levantados de las fuerzas maderistas.

La toma de Torreón por parte del ejército villista sacudió la tranquilidad de las familias fundadoras. Magdalena Mondragón ejemplifica los ataques, amenazas y terror propinado a los españoles en este párrafo:

El señor Felicitos Villarreal se dirigió al general Villa pidiéndole ampliase el plazo de salida, para que pudieran arreglar un tanto sus asuntos [...] demanda a la que Villa se negó terminantemente, pues estaba disgustadísimo por las quejas que los campesinos le habían dado sobre la actuación de los hacendados españoles, quienes trataban a peones poco menos que como animales, cosa que en parte es cierta, pero no todos los patrones son de esta misma condición [...].

Villa, al parecer, hizo un juicio sumario y no dio marcha atrás. El Padre fundador y el Hijo de La Laguna vieron por primera vez trastocada su condición. Era el principio del desmoronamiento del Pedro Páramo lagunero. Abundio había llegado para vengar el dolor propinado. Sin embargo, comenzaron a caer los personajes, pero no el mito. Fueron los españoles los principales afectados por la incursión villista, aunque la mayoría de los extranjeros debió salir en viajes especiales.

Dos libros guardan particular memoria, a modo de crónica, de lo acontecido en esos años y particularmente en la sanguinaria incursión villista: *Tulitas de Torreón*, de Evelyn Jamieson, que compendia los recuerdos contados de Tulitas Wulff, hija de Federico Wulff, el ingeniero que realizó los primeros trazos urbanos de Torreón; y el *México insurgente*, del periodista norteamericano John Reed. Justamente por ser crónicas, sólo nos apoyamos en algunos pasajes para evidenciar la sangría que significó la revuelta, que en ocasiones el paso de los años hace olvidar y convierte en momento romántico, casi cinematográfico, lo que fue vivido como purgatorio por todos y como infierno para quienes fueron derrotados y sometidos.

Tulitas refuerza lo escrito por Mondragón; a pesar del acuerdo de permitir que un tren especial sacara a los extranjeros, Villa estableció como condición que "ningún español debía ser admitido en el tren. No tengo idea del porqué, pero por alguna razón él odiaba a los españoles, no sé si esto era un sentimiento permanente o sólo una cosa puramente momentánea". Desde la llamada Casa del Cerro, el chalet de los Wulff, Villa hizo vomitar sus ametralladoras contra las fuerzas federales. Esa casa donde vivió Tulitas y en la que no pudo comprender el recalci-trante odio de Villa hacia los españoles.

Ninguna película ha recreado la tragedia de la revuelta con tal detalle. Tal vez, en ese sentido, siguen siendo la literatura y la crónica periodística, superiores al cine. Reed dejó testimonio de la cara sangrienta de la revuelta:

El tiroteo no cesaba, pero parecía haber quedado relegado a un plano secundario en un mundo fantástico y en desorden. Por la vía [...] fluía un río de hombres heridos, sangrantes, despedazados, envueltos en vendajes rotos y sanguinolentos, inconcebiblemente cansados. Pasaban a nuestro lado; uno cayó y quedó inmóvil en el polvo cerca de nosotros [...] y no nos importó [...].

En *Tropa vieja*, la batalla nos la cuenta uno del otro bando, un soldado de leva, un campesino lagunero obligado a servir en el ejército de Huerta:

Habían hecho ya trincheras en el Cerro de la Cruz y en los de enfrente del Cañón del Huarache, y las bocacalles del rumbo de la Alameda, por el lado de la Metalúrgica, tenían alambradas de púas bien tupidas y trincheras de tierra y costales de arena [...] nosotros en Casa Colorada [...] en las azoteas del cuartel y en la línea del Tajo del Coyote. Los del enemigo no trataban de pasar el río; agarraron por la orilla del otro lado, con rumbo del rancho del Pajonal y en las hortalizas de los chinos, que estaban a las afueras de Torreón [...].

Y en esas escaramuzas se sucedieron combates permanentes por días, que duraron meses. En ocasiones parecía que los de Huerta vencían, en otras, que los villistas avanzaban; narra Reed:

¡Todo el ejército constitucionalista iba en desbandada!
¡Vienen los federales! [...] era la huida, una gran multitud de soldados huía sin rifles. De pronto tres hombres a ca-

ballo le obstruyeron el paso moviendo los brazos y vociferando. ¡Regresen! gritaban, ¡regresen por el amor de Dios! A dos de ellos no los reconocí. El otro era Villa.

Muertos y sangre, miedo, terror, saqueos, repliegues, huidas. Una guerra es muerte. De Reed tomamos unos pasajes más que evidencian las contrariedades de batallas como las que se presentaron en La Laguna a propósito de la Revolución. Batallas en las que intervienen no sólo dos ejércitos, sino dos o más visiones de la vida y lo que debe ser una región en su manera de organizar la economía, repartir la riqueza, distribuir los beneficios y los costos que acarrea la colectividad. Previo a la toma de Gómez Palacio, Reed escribe que el ejército constitucionalista estaba "hecho pedazos. Habían sido muertos un millar de hombres y casi dos mil resultaron heridos [...] el tenue olor de cadáveres inundaba toda la vasta llanura donde nos encontrábamos".

Con escasez de municiones y un ejército abatido y cansado, Villa decidió tomar Gómez Palacio. La noche que se consiguió, vino el saqueo previamente iniciado por las tropas federales. Saqueo que terminó con el ingreso de Villa a Gómez Palacio:

Mil hombres se dedicaban arduamente a recoger los cadáveres y transportarlos a la orilla de la población donde los incineraban. Quinientos patrullaban la ciudad. La primera orden que se dictó fue que todo soldado que fuera sorprendido bebiendo, sería fusilado.

Así se hacía la revolución en un día cualquiera aquí en La Laguna.

La matanza de chinos es referida por varios de los autores que hemos citado. Apenas habían entrado debido a la evacuación del ejército federal, tropas del ejército ma-

derista irrumpieron en tiendas y casas elegantes. Pero, aunado al saqueo, por lo demás ordinario en la revuelta, aconteció un hecho que aterró a la población, a los extranjeros de manera especial y decididamente a los chinos. Tulitas comparte la narración que hizo Billie, su marido, sobre ese hecho:

El populacho entró al edificio del Banco Chino y en el tercer piso encontraron a unos chinos recién llegados a quienes tiraron por las ventanas hacia la calle, y sus amigos que se encontraban abajo los remataban. Niños pequeños gritando "No me maten" fueron puestos contra la pared y fusilados. Las mujeres chinas corrieron la misma suerte. Los soldados de caballería arrastraron a los chinos del cabello, desde las afueras de la ciudad hasta la plaza para ejecutarlos. Algunos se refugiaron en el Casino, el elegante club de 250 000 pesos. La chusma entró y después de matarlos lo saqueó [...].

No podía pasar desapercibido un acontecimiento de esa magnitud. Natera lo narra así:

Parece que un grupo de chinos había recibido armas de los federales para que defendieran sus huertas cuando llegaran los revolucionarios. Los chinos les dispararon a los revolucionarios que pasaban por ahí. Los revolucionarios se enfurecieron contra ellos y arrasaron con la población china de Torreón. Dicen que los lanzaban, los arrastraban y luego, para rematar, los arrojaron desde los altos del Banco Chino.

A un ataque sobrevino el odio que buscaba el exterminio. Hay que recordar que una ola de sentimiento anti-chino corría en buena parte del país. Aunado a la defensa que habrían hecho de sus hortalizas, el acendrado senti-

miento contra ellos culminó, en Torreón, con una matanza genocida. Como bien señala Urquiza, pese a que no eran la colonia más acaudalada ni tampoco los que detentaban las más grandes extensiones de tierra ni tenían a su cargo centenas de peones:

Los pobres chinos son los que han pagado el pato. Tienen la creencia de que todos ellos, los que tenían hortalizas en las afueras, estaban armados para defender al pueblo, y con ese cuento se pusieron a matar a los pobres chales. Los sacaban arrastrando de las trenzas [...] ¿se acuerdan del Banco Chino? Tiene tres pisos, pues cuando los pobres que estaban allí se dieron cuenta de la furia de los made-ristas, se escondieron a toda prisa en el último piso, y hasta allí subieron a buscarlos una turba de desalmados; los agarraron de los cabellos y los aventaron por las ventanas hasta el suelo de la calle. Ahorita en Torreón hay más chinos muertos que soldados federales [...].

Obviamente semejante atrocidad multiplicó el pánico del resto de los extranjeros. Así, leemos en *Tropa vieja*: "Dicen que los españoles están muy temerosos. Con miedo de que les pueda pasar una cosa igual". No les sucedió nada igual, pero sí fueron, hemos visto, la colonia sobre la que recayó el enojo virulento de Francisco Villa.

En tanto, la ciudad más rica del norte de México, Torreón, como refiere Reed, no sólo era escenario de batallas sangrientas, de saqueos y hambre; también, como dice un soldado de *Tropa vieja*: "Los burdeles están llenos de latrofaciosos y las gúilas no se dan abasto [...]".

LA MUJER

En esa Comarca Lagunera, donde la peonada, como se dice en *Puede que l'otro año*, acostumbraba a "llevarse pri-

mero a la novia, y después casarse [porque] la novia tiene que dar la 'prueba', y cuando el novio dice que 'no era señorita', van a relucir hasta los calzones de la novia sobre la mesa del juez". Y ya en la oficina del gobierno nadie se acuerda de "los gallos de amor" que con frecuencia se oyen entre los jacales y caseríos del campesinado y con los cuales el hombre buscaba el favor de las muchachas. En esa Comarca Lagunera, la mujer sale de casa como llega al matrimonio: derrotada.

En la Revolución ese tipo de mujer siempre anduvo tras la huella del marido, cargando con todo lo necesario para la comida del levantado y, por supuesto, con los chamacos al lado. Quizás un ejemplo sobresaliente sea Petra Herrera, aquella mujer que cuando fue desafiada por unos alzados, agarró la carabina para demostrar su puntería: "si no le tengo miedo a la mamá de la carabina por qué había de tenerle miedo a la hija", le dijo a los villistas cuando la invitaron a formar parte de sus tropas con el grado de capitana. Su puntería y valentía terminaron en Zacatecas, en la batalla de la famosa toma, donde a ella se la quebraron.

Pero, aunque pocas, hubo otro tipo de mujeres. Precisamente las protagonistas de *Puede que l'otro año* y de *Otro amanecer*: Eustaquia y Sara, respectivamente. La primera, una viuda terrateniente, y la segunda, una escritora pública y activista. Podrían configurar una suerte de Madre fundadora e Hija de La Laguna: la primera recia, trabajadora, tenaz y liberal; la segunda defensora de la dignidad y los derechos de la mujer, moral y religiosamente autónoma, económicamente independiente. Sin embargo, en la breve historia moderna de La Laguna han pesado más los símbolos masculinos: el Padre fundador y el Hijo de La Laguna e incluso el Hijo del campesino, porque la Hija del

campesino también está ausente y sólo encontrada como hacedora de tortillas, sirvienta y paridora.

Da la impresión de que Eustaquia, la viuda protagonista de *Puede que l'otro año*, fuera una especie de homenaje y búsqueda arquetípica en la figura de Luisa Ibarra, la esposa de Leonardo Zuloaga: La Madre fundadora.

Magdalena Mondragón construye un personaje recio, Eustaquia, que al quedar viuda y endeudada decide enfrentar la situación con la osadía de cualquier otro acaudalado terrateniente lagunero, pero con una diferencia fundamental: su cercanía y cuidado de los suyos, peones y familia, no tiene comparación en el modo de llevar la hacienda por parte de un hombre. Salvo don Juan, el hacendado de *Tierra de hombres*, que es más condescendiente que el resto de los de su clase, Eustaquia es la única que teje un modo de relacionarse con los hombres y mujeres de esa tierra y con la tierra misma, distinto al habitual. No sólo acompaña y entusiasma a los suyos para llevar adelante la empresa, sino que ella misma sale al frente, y al final debe encarar al dolor de la traición, la penuria y el olvido. La tierra de hombres le cobra la factura real y simbólica. La mujer que osó señalar la corrupción de los militares; que hizo frente a las amenazas y juegos sucios de terratenientes hombres; que de madrugada iba lo mismo con sus peones a dirigir y cuidar el riego que ayudar a las mujeres a parir a sus hijos fue, al final, derrotada por quienes vieron en ella una amenaza para sus intereses. La Madre fundadora, al no ser seguida por Hija alguna, fue relegada a la casa, donde aguarda su salida mientras lleva al cuello el letrero que dice: "fulana DE tal".

Sara es de otra generación. Es la Hija de La Laguna. Yolanda Natera en *Otro amanecer* teje una historia donde la protagonista es mujer. Y es la historia de una Laguna

con nombre de mujer. Sara es hija de un conocido médico y coleccionista de "queridas", marido de una esposa abnegada.

Sara es una mujer atípica en un momento fundante del nuevo centro económico lagunero: Torreón. Aunque la historia se desarrolla en Lerdo (para entonces la población más importante), en realidad hay conversaciones y descripciones que narran ese momento transitivo de la economía agrícola hacendaria a la agroeconomía y el comercio como articuladores de la nueva Laguna y su nueva capital, Torreón.

La historia es la relación de amor, los desencuentros del matrimonio, el divorcio, la entrega a una sexualidad sin tabúes, a la lucha política por parte de la mujer, a la vida de estudio y universitaria.

La novela nos revela la opresión moral, religiosa, política y sexual de la mujer lagunera y sus posibilidades de emancipación. Al final Sara se va, tiene que irse, porque ella decide irse. Es la mujer que se asume protagonista de su vida.

La novela coloca en Sara mucho de la realidad de otra mujer, fondo de la novela, que llegó a ser secretaria particular del presidente Carranza, la lagunera Hermila Galindo. Símbolo del feminismo mexicano de principios del siglo xx, como bien la ha interpretado Laura Orellana en *Hermila Galindo: una mujer moderna*.

Es interesante destacar la oposición simbólica que, en su novela, Natera plantea con dos revistas: *El Semanario de la Juventud* y *La Mujer Moderna*. La segunda, una revista que despertó furibundas reacciones de los sectores religiosos y sociales más tradicionalmente recalcitrantes del México revolucionario, debido a sus avanzadas posiciones en temas de moral y política; y la primera, en la

ficción de Natera, como canal de expresión de las creaciones desde lo masculino.

Madre fundadora (Eustaquia) e Hija de La Laguna (Sara), son dos mitos de lo literario lagunero marginados del imaginario hegemónico en la Comarca.

LA LAGUNA: TIERRA QUE SE ADELANTÓ A LA MUERTE

Esta primera etapa de La Laguna moderna, la del oro blanco, la del Padre fundador, logró asentar en el imaginario un paisaje hoy mítico. En *Tropa vieja* leemos así ese horizonte harto caluroso y desolado del lienzo lagunero:

El sol caía a plomo sobre la desierta arena de La Laguna de Mayrán, ni un huizachito, ni un mezquite, ni una res; ni una labor, ni un rancho; tierra, polvo y remolinos a lo lejos y de vez en cuando, cada cinco leguas, una estación pelona metida en un carro sin ruedas de ferrocarril y una casa de piedra, como fortaleza de los trabajadores de la vía: Benavides, Minerva, Talía, Ceres [...] todas enteramente iguales con la sola diferencia de un letrero. El camino derecho, largo, largo y tendido sobre un arenal que allí a lo lejos parecía un espejo de agua clara y cristalina. Ni pájaros, ni bueyes, ni conejos; de seguro allí nomás vivían las víboras revueltas en la tierra de su mismo color. Tierra abandonada de la mano de Dios, sin agua ni verdor [...] tierra maldita, castrada, infecunda como las mulas que nunca han de parir. Tierra sin consuelo, tierra triste y sedienta como el pobre, como el gañán que vive y que vegeta y que no espera nada porque nada han de darle. Tierra blanca, parduzca y sucia como los calzones de manta de los hombres del campo; tierra que se adelantó a la muerte y que se hizo polvo antes de morir.

Sólo el agua podía resucitar una tierra así. Y sólo el Nazas y el Aguanaval podían pintar de verde esa “tierra sucia como calzón de manta” que refirió Urquizo montado en un tren que partía en dos la tristeza del desierto en su andar hacia Saltillo. Y el agua, “siempre el agua”, hemos visto, posibilitó la otra Laguna. La época en que se situaban los textos aludidos es la de los albores y esplendor de Torreón. Para entonces, dice Natera:

A pocos kilómetros de Lerdo se había construido la estación de ferrocarril, en el antiguo rancho del Torreón, y sus alrededores se fueron poblando con la rapidez de un incendio en la paja. Algunas familias y comercios de Lerdo se cambiaban a la nueva ciudad para estar al lado de la estación y del zarandeo. Torreón se había convertido —debido al auge del algodón— en un nuevo remolino de oportunidades que atraía a una diversidad de nuevos pobladores nacionales y extranjeros, tan diversos en sus orígenes y costumbres, que se iban entretejiendo entre las tierras salpicadas de cactus. Vivíamos en una región abundante en diferencias, rica en sol y en desierto, bulliciosa.

Esta visión la comparte Mondragón:

¡La Laguna! ¡Qué jugar de los agricultores a la lotería con la tierra, que les devolvía en frutos sus anhelos o los acicateaba con la ruina hasta desmadejarlos, hasta quererlos romper sobre sí mismos, sin salvación, pero los hombres se enderezaban, en lugar de inclinarse al latigazo, y comenzaban de nuevo! [...] La Laguna está formada por pueblos de dos estados, Durango y Coahuila, y como centro comercial y destacado, está Torreón, cuyo nombre significa fortaleza; se debió este nombre a don Pedro Santa Cruz, constructor de la presa de El Carrizal, quien construyó el torreón que dio origen al nombre de la ciudad, para vigilar los trabajos de la presa.

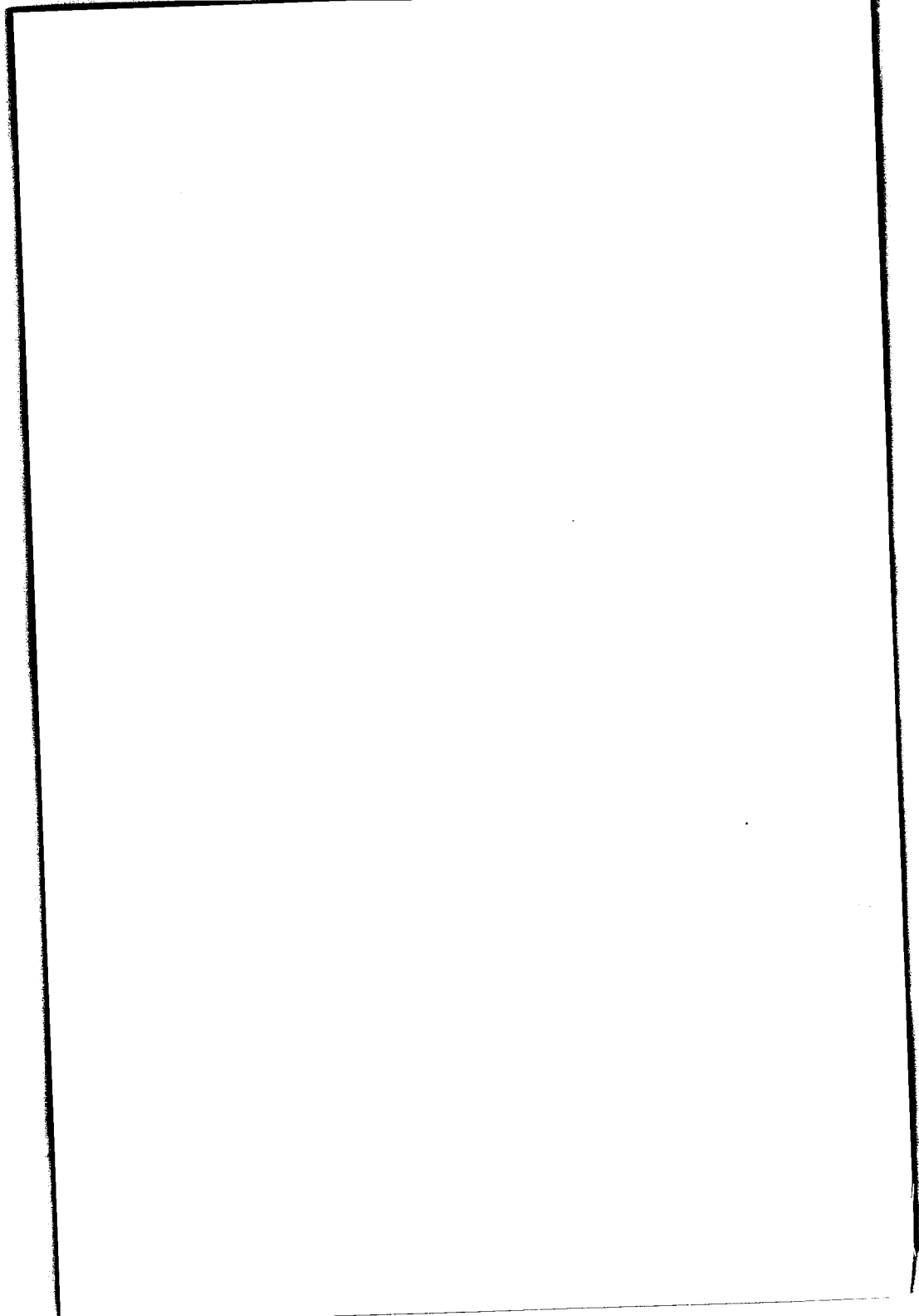
Es la época cuyo tiempo condensa Reed en una descripción que, quizá sin proponérselo, nos lleva no sólo de un paisaje a otro, sino de un pasado a un presente vertiginoso:

Directamente al sur de Bermejillo, entramos en una tierra diferente. El desierto fue sustituido por campos bordeados de canales de riego, a lo largo de los cuales crecían inmensos álamos verdes, enormes columnas de frescura después de la calcinada desolación por la que acabábamos de pasar. Había algodones en los que las blancas motas, sin cosechar, se pudrían en los tallos, y maizales donde asomaba una que otra hoja verde. Por los grandes canales, a la sombra, corría el agua rápida y profunda. Los pájaros cantaban y las desoladas montañas del oeste se hacían más cercanas a medida que avanzábamos rumbo al sur [...] La mayor parte de Gómez se encontraba detrás de la saliente del cerro; en su extremo occidental, las villas y los jardines de Lerdo formaban un vívido parche de frescor en el desierto [...] las grandes y carmelitosas montañas al oeste hacían una majestuosa curva por detrás de las dos ciudades, para perderse de nuevo hacia el sur, en pliegues y pliegues de callada soledad. Extendida a lo largo de la base de esa cordillera, exactamente al sur de Gómez, yacía Torreón, la ciudad más rica del norte de México.

La ciudad más rica del norte de México, pese a que en *Puede que l'otro año* leemos:

[...] cómo recordaba doña Eustaquia el pequeño rancho de Torreón, allá por el 1907, en que había unas cuantas casas y unos cuantos habitantes, pero no obstante la pobreza de la población, ya entonces había movimiento ferroviario tremendo.

Y así era, porque el movimiento ferroviario tremendo no se debía a la pobreza de la población, sino a la abundante riqueza generada por el oro blanco, en el reino mexicano del algodón de la época del Padre fundador de La Laguna moderna.



CAPÍTULO II

NO ERRÓ TORREÓN

En "Nadie regresa", cuento del volumen *Memoria de plomo*, Saúl Rosales Carrillo imagina una ciudad. Un par de efebos helenos viajan desde la Grecia clásica hacia una adulterada realidad, quizá la existencialmente posible, y llegan al único Torreón probable: "el creado por la fantasía". Pítaco, el mago de esta adulterada realidad, dice que es "Torreón una ciudad grande, coronada de sucias nubes". Pítaco y su amigo observan esta "metrópoli del siglo veinte" mientras soportan "el sol inclemente" o regresan para disfrutar de "la luna de voz suave". Las transmigraciones hacen posible esos viajes desde la Grecia hasta esta tierra "de suelo rocoso".

Una segunda etapa de la literatura de lo lagunero está enteramente marcada por la obra de Saúl Rosales, quien, además de algunos cuentos, dedica su novela *Iniciación en el relámpago* y su obra de teatro en dos actos *Laguna de luz* a desentrañar las condiciones laguneras de una etapa que, históricamente, podría haberse iniciado en la época cardenista del reparto agrario, pero su culminación no tiene momento preciso, puesto que se mezcla como raíces en un río fluido con el periodo que podríamos llamar contemporáneo.

Este segundo momento de construcción de imaginarios laguneros desde la literatura, parece que ha superado esa época de campesinos que hacían sus vidas "entre acequias y surcos", sólo soportables por la sombra de las noches y el sabor del sotol. Si bien La Laguna mantiene su condición destacada por su producción agrícola, ya no lo hace bajo el régimen terrateniente, sino desde el minifundio del ejido y la pequeña propiedad.

En la Comarca ficcionada por los autores revisados, la vida local se forjó en la tensión entre el desierto y las lagunas, y si en un primer momento fue originada por el encuentro del desierto con los ríos, después lo fue por el cruce de las vías del ferrocarril. La Comarca Lagunera es un lugar de cruce, una cruz de lugar. Pítaco la describió como una "desmesurada llanura partida por un río seco", cuya tristeza se debe a "que no la besa el mar".

En *Iniciación en el relámpago*, Saúl Rosales dibuja a La Laguna como la región del moyote, de los ventarrones que bufan y "las noches de terregal". Novela situada en la época del llamado desarrollo estabilizador, la Comarca irrumpe como región algodonera y fruto de una economía agraria. De hecho, esta "urbe provinciana" rodeada por "cerros rapados por la erosión" es hija directa "del cruce de vías de ferrocarril", junto con "las dos ciudades a ella pegadas como siamesas" y cuya arquitectura característica es de "rudimentario estilo neoclásico", construido con ladrillo local que tiene "forma de tierra cocida".

La época en que se sitúan los acontecimientos narrados por Rosales es paradójica: se da la colectivización de la tierra por medio del ejido, se multiplican las escuelas rurales y se inicia un proceso de asistencia social del Estado mexicano sin precedente para el campesinado. Sin embargo, paulatinamente, el campo lagunero deja de ser el reino del algodón que otrora fue. A tal grado llegó la situa-

ción que, como sentenció Ramón Fernández en el prólogo al magnífico estudio de Alfonso Porfirio Hernández acerca de la explotación colectiva en la región, algunos estudiosos consideraron que, después de Yucatán, "el mejor ejemplo de fracaso de la reforma agraria es la Comarca Lagunera".

Pese a que La Laguna se distinguió como escenario de encarnizadas luchas, de sangrientos días y terríficas matanzas, cuando se inició la etapa del reparto agrario comenzó una nueva lucha. Nada terso fue el proceso culminado por Lázaro Cárdenas que cobró centenas de vidas entre 1917 y 1936. No habría de ser sencillo que las cinco empresas que detentaban el 37 por ciento de la superficie de riego cedieran ante los reclamos agrarios que la Constitución había elevado a ley fundamental. Tampoco cederían el resto de los grandes hacendados. La organización campesina que reclamó tierras fue contrarrestada con diversas estrategias: con la generación de listas negras para no emplear a quien pidiera tierra, con el asesinato, con el saqueo y con la contratación de cientos de campesinos que se negaban a recibir tierras puesto que optaban por un empleo, no por la propiedad agrícola.

Juan Moreno, campesino del ejido Horizonte, dejó testimonio escrito que recogió Alfonso Porfirio Hernández. El padre de este campesino había escrito en las paredes de su casa antes de ir a colonizar Pinos, en Durango: "Nos vamos para los Pinos, hay que pasar por Torreón, que muera la burguesía, y viva la organización". El cese del conflicto armado a gran escala que fue la Revolución y la promulgación de la Constitución, no fueron actos suficientes para dar paso a un nuevo estado de cosas, por el contrario, se multiplicaron los odios, rencores y las viejas disputas permanecieron y se ensancharon.

La organización campesina que buscaba tierras bautizó con el nombre de "La otra Laguna" a esa incipiente realidad que surgía a pesar de la oposición de compañías, hacendados y del propio gobierno federal. La expresión resultaba explosiva, puesto que contenía una subversión simbólica que, al final, no se consolidó. La sangre lo dificultó en un principio, como aquella masacre en Matamoros en que los campesinos que se manifestaron el primero de mayo de 1929 fueron asesinados porque no traían permiso para manifestarse. La Fuerza Armada de la Acordada, la policía y los presos que fueron obligados a participar en la matanza, convirtieron en desfile de cadáveres lo que se había pensado como marcha por un reclamo justo.

Las escaramuzas de oposición al reparto y a la organización para que se efectuara llegaron a tal nivel de encóno, que se hizo impostergable la intervención directa de la Presidencia de la República. Había que hacer algo con las 1 505 492 hectáreas que, según Hernández, detentaban 221 propietarios, mayoritariamente extranjeros. En el decreto del 6 de octubre de 1936, el presidente Lázaro Cárdenas acordó la dotación de tierras y agua a los núcleos de población rural que la habían solicitado.

En el decreto, Cárdenas pide a los entonces poseedores de las tierras:

[...] en los términos en que está concebido el presente acuerdo, se llevará a cabo de manera irrevocable, el reparto de tierra [...] de tal modo que lejos de oponer resistencia al desarrollo del programa que dará solución integral a los problemas, está en su propio interés, tanto como en los del país, prestar su cooperación a las autoridades competentes [...].

Con el decreto del 6 de octubre está fechada, también, el acta de defunción del Padre fundador de La Laguna

moderna. A partir de entonces, sólo pervive como mito y anhelo de clase.

Y podremos constatar lo anterior tanto en la segunda como en la tercera etapa de lo literario lagunero. Pero desgranemos primero la segunda.

Saúl Rosales escribe en *Iniciación en el relámpago*, en un diálogo que nos recuerda la etapa anterior pero que anuncia la siguiente, la de transición:

No erró Torreón —enunció Esteban otro palíndromo.

—Pero cuál es el sentido —dijo Irlanda mientras lanzaba al suelo el papelito donde había anotado sus hallazgos palindrómicos.

—Al acuñar en sus entrañas la memoria y el tesoro de Pancho Villa; al surgir en la comarca donde se formó el primer sindicato de obreros agrícolas en 1924, donde estalló la primera huelga de trabajadores campesinos en 1935, donde se ejemplificó el primer reparto agrario en 1936, donde se distinguió a una escuela primaria con el nombre de Carlos Marx, esto es en Tlahualilo, ¿eh? [...].

Estamos, pues, en la época en donde pudo ser posible "La otra Laguna", pero al parecer, falló. El propio Rosales lo escribe en *Laguna de luz*, a propósito de la intención de llevarse campesinos laguneros a colonizar tierras en Campeche, puesto que en la Comarca ya no habría tierras para repartir. Estamos a final de los años cincuenta y principio de los sesenta. Quinientos laguneros sí se fueron, algunos se arrepintieron y regresaron, otros allá murieron, los menos lograron hacer algo.

En esta pieza dramática, Rosales nos muestra el duro discernimiento que hacen Santiago y su esposa Zulema, profesionistas comprometidos con los campesinos, a propósito del posible traslado. En la consideración de los elemen-

tos a favor y en contra surge un análisis de las condiciones del campo lagunero y de los andamiajes mentales que lo sostenían:

—Santiago: Es que este clima es inaguantable: cuarenta y dos grados a la sombra [...] vivimos en una sucursal del infierno. Este año ha sido el más caluroso.

—Zulema: Cada año es igual, la cosa es mental [...] ¿Viste la nota del periódico? Auguran una cosecha de nuez rica. ¡Y no se atrevían a trabajar el nogal aquí! [...] Finales de agosto y todavía rebotan entre las paredes de las calles los gritos de los vendedores de melón, de uva, de sandía. Parece que no, pero cuántos frutos se dan aquí [...] cuántas frutas en este supuesto desierto. Nunca se habla de esta prodigalidad cuando se platica de la Comarca.

El clima, desde entonces, parece ser más abrasador cada año. Al terminar uno y comenzar el nuevo se piensa que éste será el más caluroso de todos. Y así hasta nuestros días. Pero es de notar la referencia a la multiplicidad de frutos que este noble y anticipado mar muerto da, así como el dato relativo a la resistencia por diversificar cultivos. La Laguna del Padre fundador era algodонера. En este nuevo contexto, si bien sigue habiendo algodón, hay muchos que se han atrevido a probar con nuevos cultivos, en los que el nogal juega un papel predominante.

La multiplicación de cultivos no sólo es un producto del trabajo del agricultor y los extensionistas, pues tiene también su correlato en el mercado. La Laguna ha diversificado fuentes de generación de riqueza ya no supeditas a la bonanza agrícola. Incluso el Gobierno Federal propició esta situación, pues en boca del secretario de Agricultura, en 1960, estableció: "El concepto de La Laguna como zona exclusivamente algodонера debe desaparecer [...] de-

be encauzarse hacia la diversificación de cultivos”, según lo refieren Cerutti y Rivas. Y por tanto la Zulema de Rosales remata: “Pretendemos vernos como mártires o héroes refiriendo el calor, la aridez, la erosión y, sin embargo, nos olvidamos de las carretadas de productos. La autocontemplación miope nos impide ver la generosidad telúrica”.

En los diálogos de la pareja aparecen otros dos temas que atraviesan el alma penante de La Laguna. Uno lo señala Zulema a propósito de si es mejor quedarse a luchar por más tierras y mejores condiciones aquí o irse. Santiago por momentos duda, y Zulema cuestiona:

¿Qué es lo importante?, ¿este cansancio milenario que la razón nos exige vencer?, ¿este pobre mito provinciano de que la gente de La Laguna somos forjados por el yermo tórrido y lo vencemos?, ¿nuestra fragilidad de seres nostálgicos?, ¿nuestro desinterés por las grandes luchas progresistas de la humanidad? [...].

Quedarse a defender un mito o construirse en la medida en que se construye un nuevo lugar, tanto sus espacios como su imaginario. Es el dilema que plantea Zulema. Para entonces, el tufo del difunto Padre fundador llega a molestar a aquellos que se han atrevido a reconocerlo. Quedarse para rendir guardia a una Laguna que ya no lo es. Defender los olores mortuorios de mitos disecados o, a la manera de aquellos que le dieron vida, aventurarse a construir los propios mitos. Tal parece que ser consecuente no es necesariamente quedarse en La Laguna de un modo estoico, sino entender los signos de los tiempos. No se puede estar fundando de manera permanente un imaginario: o se recrea o se asienta, digamos, se aburgue-

sa. Estamos en La Laguna de auge comercial e incipiente fortaleza industrial.

El otro elemento que caracteriza a La Laguna rural de entonces es el tema eterno: el agua. Pero ahora con un giro dramático que persiste: la sobreexplotación. Lo leemos en el diálogo que establece Santiago con Miguel, su amigo:

—Santiago: Tú también te olvidas del agua, Miguel, se está acabando el agua en los mantos freáticos. Se está acabando el agua. No debes olvidar eso.

—Miguel: No lo olvido, Santiago, más bien no lo creo y por eso no lo tomo en cuenta. ¿Qué pasa ahora? Recursos Hidráulicos sigue autorizando la perforación de pozos a las “pequeñas” y a los latifundios. Eso es señal de que el agua va durar [...] tú sabes que los ricos siguen peleando pequeñas propiedades. Para qué las quieren si no hay agua [...] no me digas que se arriesgan a comprar a sabiendas que no hay agua [...] no es cierto que se agota. Dentro de cinco, diez, quince años, cada vez que los campesinos demanden tierras les saldrán con eso de que se están agotando los mantos freáticos.

Un nuevo dato en el tradicional conflicto por el agua: su agotamiento. Y la duda que también persiste: si fuera cierto que se está acabando, ¿por qué se sigue autorizando que se extraiga tanta agua?, ¿por qué sigue habiendo inversiones millonarias en actividades empresariales que consumen tanta agua? Pero así como en la Comarca fundadora el algodón y la riqueza exigían mucha agua; ahora es el latifundio que sirve de base para la industria lechera el que sigue exigiendo mucha agua. Primero el oro blanco en planta, el algodón, exigió mucha agua. Más tarde el oro blanco en líquido, la leche, mantuvo el nivel de exigencia. La riqueza es muy exigente con la naturaleza.

El fin del ciclo de reforma agraria, la diversificación de cultivos, el ascenso de nuevos latifundios consumidores en alta proporción de agua, caracteriza la época comentada. Pero La Laguna comienza a conocerse ya menos por su rostro agrario y cede paso al del comercio y la industria; el campo a la ciudad; el terrateniente al burgués; el campesino al obrero y al empleado. El México del desarrollo estabilizador.

La modificación al régimen de propiedad en La Laguna marcó un viraje económico importante. La pequeña propiedad y el ejido impulsaron el desarrollo del comercio, actividad que daría rostro a una nueva etapa en la región. Hay, desde luego, raíces comunicantes con el bullicio comercial y financiero del Torreón prerrevolucionario. Si bien la actividad económica se vio sacudida primero por el tema revolucionario y después por el agrario, retomó su dinámica, ahora adaptada a las nuevas condiciones regionales.

El periodo, en su reconversión económica, es resumido de manera notable por Mario Cerutti y Eva Rivas Sada en su texto "Del algodón a la cuenca lechera". Si bien la economía agropecuaria repercutió en la consolidación de un mercado regional ligado a actividades conexas como, dicen los autores,

[...] fumigadoras, servicios aéreos, compañías despepitadoras, uniones de crédito y financieras, empresas de transporte, talleres para equipamiento de bombeo, centros bioquímicos, agencias de automotores y venta de tractores, proveedores de maquinaria agrícola, laboratorios técnicos, productos químicos, constructores de pozos para extracción de agua subterránea, distribuidores de insecticidas y fertilizantes, abastecedores de artículos eléctricos [...].

y con ello dinamizó la economía regional, el principal logro de esta situación ante la crisis del algodón como cultivo único fue la constitución de una red financiera y de negocios que pudo soportar el proceso de reconversión productiva comarcana. Ese momento de la historia económica lagunera, Rosales lo glosa en *Iniciación...* así:

Duplicando la altura de las edificaciones, anuncios espectaculares enormes como pantallas panorámicas de cine, coronaban muchas azoteas [...] las grandes pancartas ilustraban con motivos de economía agraria la publicidad de pesticidas para protección del algodón, de fertilizantes, de tractores, de talleres de reparación de bombas de pozo profundo, de implementos agrícolas.

Habría de ser la ganadería lechera uno de los ejes articuladores del proceso de reconversión económica lagunera. La introducción de tecnologías, ganados finos, la actividad financiera asociada y los enormes subsidios gubernamentales para la consolidación de esta empresa, propiciaron que en torno a esta actividad se generara un conjunto de actividades que volvieron a dinamizar la economía regional, prefigurando su rostro industrial y comercial apoyado en los excedentes agropecuarios. Se dio el paso "del algodón a la cuenca lechera" en una Laguna decididamente urbana, donde Torreón se constituyó como el centro económico regional.

Resulta interesante que la novela ubicada en este periodo tenga como protagonista a la visión obrera del momento. Y lo es porque denota el tránsito económico ya mencionado; el nuevo asalariado es el obrero. Pero también es de subrayar que un periodo de reconversión productiva sea leído desde la mirada del asalariado. Lejos estamos de una posible exaltación del nuevo prohombre

lagunero: el comerciante y el industrial. Si bien es cierto que la ciudad tiene el rostro que ellos le han ido dando:

Ese mercado [el Juárez] había decepcionado a Irlanda porque no encontró en sus puestos pueblerinos artesanías novedosas ni originales, salvo algunos dulces de leche, nuez, coco, higo y dátil. También oteando por la avenida Hidalgo, pero hacia el poniente, permitía a Esteban mirar un viejo descomunal pintado con estridentes colores, caricaturizado y aureolado por su nombre, don Pioquinto, adherido a la pared de una tienda para anunciar las gangas de barata permanente [...].

Ésa es la tienda que simbolizará otra fuente de riqueza: el comercio minorista. Así, comercio y agroindustria lechera serían las columnas de ese periodo de transición económica pero también cultural, pues el estilo urbano de relacionalidad también se generaliza.

La burguesía, sustituta del terrateniente, mantiene gustos que parece se transmiten generacionalmente y de potentado a potentado, sin cobrar relevancia los medios que generan la riqueza. Don Evaristo, dueño de una imprenta, es el empleador de Damián y Esteban, dos de los protagonistas de la novela. De este empresario leemos en *Iniciación*:

Don Evaristo contempló su imprenta frenética, agitada por el trabajo de sus empleados [...] el patrón miraba máquinas y asalariados que seguían ritmos impuestos por las tareas productivas. Consumían, transformaban, creaban riqueza. Era un gozo bruto que aquello fuera su universo, le había comentado en alguna ocasión don Evaristo patrón a Aurora [...] el patrón explicó a Aurora que el gozo que sentía era bruto no porque la imprenta, su universo, fue-

ra un cuantioso aglomerado material inventariable y valorable en pesos y centavos, sino porque le daba sentido a su existencia. Amaba su universo. Al verlo rebosar vida sentía la suya anegada de vitalidad.

Confesión diáfana y reveladora que hizo el patrón a su amante, porque Aurora "era su amante, —su querida— decían entre ellos los trabajadores de la imprenta sin escándalo y sin malicia". La moral de la posesión es siempre una moral neurótica, imposible de acatarse porque el objeto a obedecer nunca termina por tenerse. Y es eso justamente lo que da sentido a la vida de un patrón como Evaristo: la riqueza. Y la riqueza nunca se tiene de manera suficiente, siempre habrá un peso más que se puede tener, o una Aurora más.

Si en otro momento era agua lo que exigía la riqueza en La Laguna, ¿cuál sería el nuevo líquido a consumir para multiplicar la fortuna en un momento donde ya no es agua lo que se requiere? La primera respuesta es el obrero, el asalariado, la mano de obra. Por eso, no es de extrañar la enseñanza de Esteban a Damián:

Don Evaristo le debía pagar a usted el salario mínimo, no una cantidad cualquiera, como estamos acostumbrados a que se les pague a los aprendices. El salario mínimo aquí ahorita es de alrededor de ocho pesos, ¿sabía? Hasta donde sé, a usted le siguen pagando como si fuera aprendiz.

La explotación del manto acuífero es el correlato en la naturaleza de lo que sucede en la explotación del trabajador. Pero así como puede creerse (recordemos que lo hacía Miguel) que el agua no se acabará, hay maneras de justificar esta otra explotación, y no necesita ser el patrón quien lo haga, para eso está el obrero agradecido:

"[Don Evaristo] me dio la oportunidad de aprender. Estoy aprendiendo [...]".

Magdalena Mondragón en *Puede que l'otro año*, había dicho que en los campos algodonereros el mejor disfraz para un maleante era hacerla de peón, porque equivalía a no ser persona. Pues bien, en el proceso de enseñanza a Damián, Leopoldo, un compañero, le advirtió al niño obrero:

Tienes que aprender todo y rápido, porque para el trabajador asalariado la vida es un relámpago [...] la vida consciente es un relámpago, entras a trabajar y te jodiste. Cuando dedicas tu tiempo al trabajo con que te ganas el pan, tu vida se escurre en un instante y desaparece. Es un relámpago. Te mueres y es como si nunca hubieras existido. Al rato no queda ni tu nombre. Ni siquiera eres nada. Si te nombran sin que seas, eres nada, pero si no queda ni tu nombre, entonces ni siquiera eres nada. El nombre te hace existir en la inexistencia.

Hay una continuidad simbólica entre el Hijo del campesino lagunero y el asalariado explotado: los une la ausencia de nombre en el mundo donde se es, donde se existe. Es preciso entonces inventarse otro mundo, donde se tenga derecho a un nombre.

En esa época en que la "racionalidad de la presa Lázaro Cárdenas ya no permitía que el río, su líquido, su razón de ser, besara a las ciudades nacidas a su vera", como escribe Rosales, Damián descubre un ambiente vedado para él, que había tenido que entrar al mundo del trabajo al terminar la primaria. Debido a que un amigo suyo recibió una beca, Damián conoce a alumnos y alumnas de dos colegios, La Paz y el Loyola. Allí se acercó a un ambiente donde el inglés era una lengua que facilitaba el cambiar algunos sonidos toscos del español por otros

más suaves y tolerables. Así de "finas y elegantes" eran las muchachas de La Paz, que, a pesar de su amistad con Damián, no pudieron evitar ser la causa de la vergüenza que éste sintió cuando en lugar de pronunciar *liváis* al leer la etiqueta de los pantalones de los amigos de ellas, dijo *levis*.

El Hijo de La Laguna iba a los Estados Unidos a estudiar; ahora, el hijo del patrón y del comerciante tenía una educación donde la lengua del país vecino era obligatoria. El inglés distinguía y separaba. Tristemente para Damián, la camaradería nunca disipa los hábitos de clase, o *habitus*, para Bourdieu. Quizá parodiando a Cantiflas pueda decirse que, aun en la amistad, hay clases sociales.

Por esta última razón, las muchachas de La Paz y los muchachos del Loyola, sólo consideraban al Torreón y al Nazas como los únicos cines, en donde "el domingo por la tarde ya todos estaban de acuerdo y se encontraban en el vestíbulo". Pese a que Damián tenía la oportunidad de compartir algunas de esas tardes, nunca se atrevió a acercarse a una de las muchachas con intenciones de noviazgo. Afortunadamente para su causa, a la imprenta "Tipografía Manguncía", llegó a trabajar Corina, ante quien no se avergonzaba y con quien podía pasear, incluso, por la rivera del Nazas. Tristemente, sin embargo, la flaca, de nombre Corina, había llegado a la tipografía de don Evaristo, el nunca satisfecho. Es la época del Torreón que coincide con la conformación de las ciudades caracterizadas por la polarización. Estas ciudades que en América Latina se perfilaron entre los años treinta y sesenta: las ciudades de las primeras grandes avenidas y exclusivos sectores residenciales y áreas comerciales.

La indefensión ante las avenidas del Nazas provocó, en no pocas ocasiones, tragedias y daños a la agricultura. Sólo las presas y los canales lograron evitar esa situación.

Se le puso límite al desorden. La vulnerabilidad del asalariado se padecía de otra manera, producto de otro tipo de avenidas.

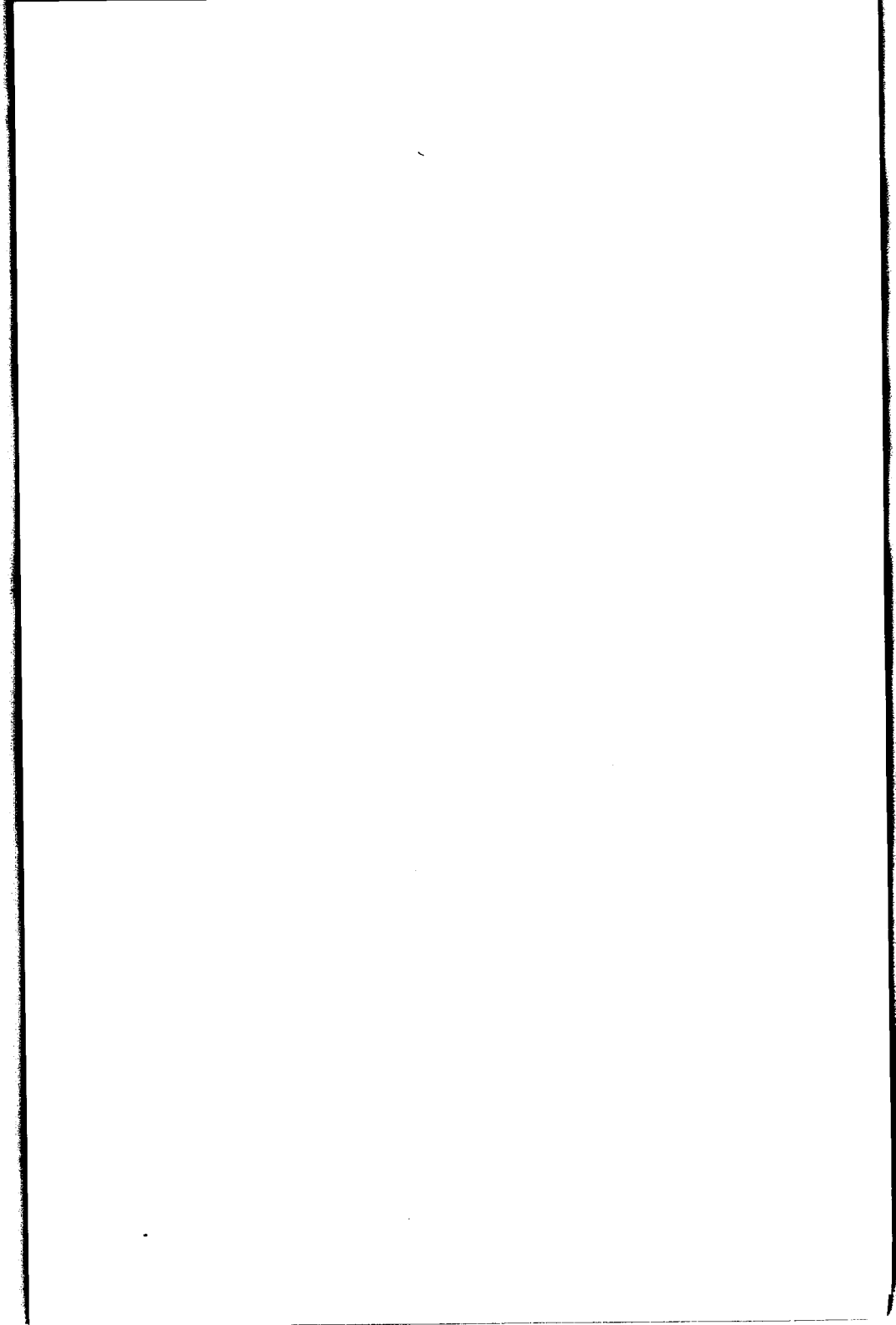
Cuando Esteban está por irse y corresponde a Damián ese trabajo, no se atreve a pedírselo a Don Evaristo. Aurora le sugiere que se lo exija, Damián contesta:

—Es su imprenta. Él sabe lo que hace en su imprenta.

—Aunque sea suya exígele. E-xí-ge-le —silabeó Aurora.

—Le exijo y me liquida, ¿no pasa eso siempre?

Pasa siempre que una cosa sólida no tiene relevancia para alguna de las partes, cuando la otra no existe como persona. Cuando es, por ejemplo, un asalariado. Cuando no hay límites al desorden, cuando no hay ley que proteja al vulnerable, o cuando habiéndola, no se respeta.



CAPÍTULO III

LA CIUDAD: OTRAS CARAS DEL PARAÍSO

“Las distancias apartan las ciudades, las ciudades destruyen las costumbres” decía José Alfredo Jiménez. Pero el espacio citadino no es sólo la elongación física de las construcciones, sino los tránsitos allí generados. Entonces la costumbre no es un aditamento exógeno a la ciudad sino al contrario: las costumbres hacen a las ciudades, es decir, a esos caóticos espacios para el tránsito y tráfico urbano de sujetos y significados, de sentidos.

La ciudad es una práctica, si creemos a Michel de Certeau. Las ciudades, y más la ciudad de la aglomeración comunicativa, refuncionalizan las costumbres, las multiplican hasta debilitarlas. Esta multiplicación de costumbres genera la impresión de pérdida cuando en realidad, de lo que se trata, es de una apropiación múltiple de lo dado y reproducido por segmentos. La costumbre es un producto en manos de actores que la codifican e incorporan, la actualizan. Es el folclor de lo urbano, el espacio citadino como tianguis simbólico. Por su parte, el medio rural es familiar. La persona está ligada a un apellido. En la ciudad la máscara es el apellido. La subjetividad urbana es múltiple como sus referencias simbólicas.

El tercer momento de La Laguna presente en la literatura es el de la metrópoli. La ciudad (entendida como práctica y tráfico urbano de significados) como referente. La Comarca consolida el desplazamiento simbólico de lo rural a lo urbano. El campo se convierte en satélite de la ciudad. La Laguna se desplaza al aglomerado urbano tejido por Lerdo, Gómez Palacio, Torreón y Matamoros, y el campo se convierte en una realidad distante en el tiempo, a pesar de su cercanía física. Entonces, La Laguna rural no es la que está a la orilla de la ciudad, sino la que fue en un tiempo que, se cuenta, fue esplendoroso: constatamos que algo ya no es cuando la nostalgia se ocupa de ese algo.

Hoy La Laguna es ciudad: el espacio de tráficos multiplicados, de referentes simbólicos interpuestos y de sentidos aglomerados.

Otras caras del paraíso, de Francisco José Amparán, se constituye en el puente entre la ciudad adolescente que nos entregó Saúl Rosales y la urbe que bulle en múltiples avenidas interpretativas. La novela de Amparán cuenta las triquiñuelas de un prominente empresario y un senador afanosamente enredados en turbios asuntos. Será el ingeniero Francisco Reyes Ibáñez quien descubra, sufra y combata las sórdidas vinculaciones entre los grupos de poder lagunero y la impunidad que gozarán. La narración mezcla humor y rock en el género policiaco.

A manera de estafeta, y a fin de cerrar los dos anteriores momentos de este paseo por La Laguna en el tranvía de la literatura, tomamos los siguientes textos de Amparán:

Ahora que en Torreón hace años que no pasa ni una gota debajo del puente. Ecocidio agrícola del desarrollo estabilizador, que se llama [...] finalmente el ejido ha roto las ca-

denas que tanto tiempo lo lastraron y llevaron al campo mexicano a una situación lamentable. El Estado, en su infinita sabiduría, se dio cuenta de que el campesino rendiría más si se le permitiera disponer de manera más o menos abierta de sus tierras, pudiéndolas vender, enajenar o asociarse con la dinámica IP para hacer de este país el granero del mundo [...] [Y más adelante]: Luego recordé que esa temporada había sido la primera, en más de un siglo, en que no se había sembrado una sola hectárea de algodón en La Laguna, antiguo emporio del oro blanco a nivel mundial.

Si con el decreto de Lázaro Cárdenas se fechaba la defunción del Padre fundador de La Laguna moderna; con el de Carlos Salinas, de enero de 1992, se firmaba el acta de nacimiento de un nuevo señor, el empresario de la especulación con las tierras. Al Padre fundador y al ejidatario les era común el vínculo con su tierra; al nuevo personaje le atrae la tierra como mercancía, y como tal se trata y usufructúa. Tal vez se volvería a sembrar algodón en La Laguna, tal vez no; lo central no sería ya cuál cultivo sino qué margen de ganancia dejará.

Es paradójico que en una región donde es hegemónica la visión del individuo como el depositario de la visión emprendedora que ningún esfuerzo colectivo podría sustituir, ha sido el Estado el que en momentos críticos ha debido ocupar el papel de revulsivo de la estructura productiva lagunera: Porfirio Díaz como promotor de las inversiones en la región; Lázaro Cárdenas y el ejido; Díaz Ordaz y Echeverría Álvarez para fomentar y consolidar la cuenca lechera; y Carlos Salinas para detonar un nuevo esquema de acumulación: la maquila y el libre mercado de la tierra.

Esto último, al parecer, no exento de conflictos y derramamiento de sangre. Leemos en *Otras caras...*: "Lucas

fue secuestrado y a los dos días su cuerpo fue hallado en una tierra de cultivo a unos kilómetros del ejido. Semidesnudo, con los brazos amarrados con un alambre y con dos balazos en la nuca [...]". Lucas era un ejidatario recién convertido en pequeñísimo propietario. El levantamiento y asesinato de Lucas se da en un momento en que "el señor Pastrana, el de las industrias Pastrana, Lácteos Pastrana [...] un adalid del mercado libre, la iniciativa privada y la voluntad de progreso de cara a un mundo globalizado y ya sin los pinches rusos [...]", se muestra altamente interesado en adquirir tierra que apenas había dejado de ser ejidal. Y la historia de la novela tendrá como hilo conductor responder a: "¿Qué pitos toca Pastrana con las reformas al 27? ¿Es un milagro que le interesen algunas tierritas? ¿Pastrana anda sobre unas tierras ejidales?"

Pastrana surge como personaje con características que perfilan al modelo salinista de nuevo empresario. Pero con peculiaridades que se pueden leer en el relato "Historia del gorila", que se encuentra en *Las manos del tahúr*, un volumen de cuentos de Jaime Muñoz Vargas. El gorila no es otro que el guarura de Bruno del Rivero quien, al igual que Pastrana, goza del beneficio que genera la amistad con políticos y usa las ventajas que la amabilidad judicial presta a tipos así. Pastrana y Bruno del Rivero comparten ventajas y son complementarios.

En tanto el primero tiende sus redes desde la empresa hacia la política, el segundo lo hace en sentido inverso. Ambos se encuentran en un espacio donde se detonan negocios y prácticas no siempre prístinas en sus acuerdos pero evidentes por los resultados:

Bruno del Rivero se había dado tiempo para conocer a las estrellas. Era líder de la Confederación Nacional Campesina en Gómez Palacio y con eso, más una diputación, ha-

bía logrado hacerse de una cantidad de dinero lo suficientemente grande como para fotografiarse con el ex presidente [Díaz Ordaz] y con Fanny Cano.

Abolida la fuerza política y económica del terrateniente, la nueva estructura productiva y política generó un modo de hacer política regional donde las "diferencias" ideológicas se dieron en el seno de un mismo estrato social, pero de cunas distintas: una, la de los cachorros de la Revolución y la otra, que tenía su cordón umbilical ligado a comerciantes, profesionistas y poseedores de los restos que dejó la reforma agraria. Pero la arena económica les fue común, y la alianza también.

En "Historia del gorila" se describe la casa de Bruno del Rivero:

La casa ocupaba media cuadra y estaba toda bardeada con un murallón como de cuatro metros y remate de púas. Tenía una cochera para cinco carros, alberca, cancha de tenis, salón de juegos, oficina, comedor, ocho habitaciones, sala de televisión, como seis baños, una cocina que ocupaba más metros cuadrados que mi casa y una sala donde no cabía un lujo más.

La ciudad tiene como peculiaridad que condensa la opulencia en sectores exclusivos. Y resulta interesante discurrir por el discurso que emana de una casa así. Me referiré sólo a uno de esos elementos: el exceso. La riqueza debe mostrarse profusamente. Es desconcertante, pero la barda oculta y al mismo tiempo abre. Abre la opulencia a aquellos elegidos a conocerla, compartirla y poseerla. El excluido, en cambio, la nota por ausencia: una barda de cuatro metros no deja ver nada pero muestra todo: la

riqueza y el poder. Entonces, intramuros, la riqueza no tiene recato y se despliega; extramuros, se adivina en la mu-
dez ostentosa de la barda.

Aunque la historia de Del Rivero se desarrolla en Gómez Palacio y la de Pastrana en Torreón, la ciudad es la misma. Hay prácticas de clase que anulan fronteras. La ciudad burguesa está definida entonces. Y el joven burgués debe estudiar. En *Iniciación en el relámpago* se les dejó hasta la preparatoria (La Paz y el Loyola); en *Otras caras...* ya tienen sus universidades: la Universidad Iberoamericana y el Tecnológico de Monterrey. El autor teje relaciones entre personajes relacionados a esas universidades; profesores y alumnos con sus etiquetas: justicieros los de la ibero y pragmáticos los del tecnológico. Y algunos alumnos que el autor describe como: “[...] junior de la peor ralea [...] ya sabes, escandalitos en discotecas y uno creo que en la Zona de tolerancia, cuando existía la Zona de Torreón que le diera fama en el mundo entero, había sido clausurada un par de años atrás”. Perfil ampliado por Wenceslao Bruciaga en *Tu lagunero no vuelve más*: “vestido con ropa de CIMACO, zapatos de gamuza verde pistache de alguna tienda en el Paseo de la Rosita, oliendo siempre a ETERNITY de CALVIN KLEIN, (¿qué los laguneros no conocen otro perfume?)”.

Así se despliegan en la “pujante, industriosa y polvorienta ciudad de Torreón”, estas nuevas maneras de comunicar una realidad social permanente de polarización, donde la fortuna tiene sus cotos y sus prácticas, y el espacio urbano lo manifiesta desde la exuberancia simbólica de su trazado y su arquitectura: “[...] residía en la Colonia La Rosita, la que, con campo de golf y toda la cosa, se convirtió en el código postal *par excellence* de esta snobista ciudad [...]”. Esnob, del inglés *snob*, “persona que imita con aficción las maneras, opiniones, etc., de aquellos a quie-

nes considera distinguidos" dice el diccionario de la RAE. Existe la versión de que *snob* es la contracción del latín "sine nobilitate", que al parecer se habría usado en las universidades de Oxford y Cambridge para señalar a aquellos que no eran de cuna noble y estaban matriculados en esas aristocráticas universidades. Otra versión señala que si bien se usó en esas universidades, sólo fue para designar a quienes no eran estudiantes de la universidad. Parece ser que en su uso arcaico designaba a un zapatero remendón, una persona de clase social baja. Se le atribuye a G. Bernard Shaw haber utilizado la palabra para referirse a la persona que desprecia a otra a quien considera inferior. El *snob* puede ser, entonces, tanto el que imita al que considera distinguido, como el que desprecia a quien asume como inferior.

"Diez años de ingenuidad", cuento también de *Las manos del tahúr*, contiene una muestra de esnobismo en el último sentido aludido. La historia puede resumirse así: la mujer de un clasemediero da a luz en un sanatorio privado. En algún momento, su esposo se cruza por la calle con un indígena que trae en brazos a su hijo moribundo. El clasemediero los lleva al sanatorio y allí:

Estábamos en la puerta automática del sanatorio y un policía vino hacia el indio. Ya, fuera, por favor, le dijo sin aspavientos, sin grito, pero decidido a echarlo, casi educadamente. Luego el guardia me miró [...] si se quedan allí la puerta no cierra y se sale todo el aire acondicionado [...].

El samaritano otea a un doctor y le pide ayuda,

[...] mire doctor, este cuate parece que trae muy enfermo a su bebé, ¿no le podría echar un ojo? El policía sigue allí [...] luego se acerca la recepcionista. No puedo señor, es

política del sanatorio rechazar estos casos, dice el doctor [...] ¿lo conoce?, me dice necio el médico. No, claro que no, me lo topé aquí en la puerta. El bebé se ve mal, pero no puedo hacer nada [...] en ese momento se enfurruña la recepcionista del sanatorio. Le dice al policía que termine con la obra y saque pronto al cochambroso impertinente.

Al final, el samaritano decide pagar lo que el sanatorio cobre para atender al niño moribundo. Años después se encuentra al padre y al niño vendiendo chicles en un cruceo de la calzada Colón.

En *Tu lagunero no vuelve más* encontramos sintetizado un particular modo de esnobismo local: "Eduardo en verdad llevaba sangre lagunera en sus venas. Masturbarse con la sección de sociales es uno de los deportes favoritos de los torreonenses. Torreón es muy aburrido [...]"

Magdalena Mondragón había atribuido en *Puede que l'otro año* "la principal causa de que La Laguna no tenga perfiles de carácter ni alma propias" a que el capital de entonces era "casi en su totalidad" extranjero. Quizá, el esnobismo sea la condición que se externa cuando alguien no ha logrado perfilar ni "carácter ni alma propias".

Finalmente, hemos de decir que la historia que motivó la escritura de *Otras caras del paraíso*, se dice en el libro, fue el asesinato de Julio Zúñiga Herrera ocurrido en enero de 1993, que "no resuelto aún, pertenece al campo de la más áspera realidad mexicana".

EL EQUIPO DE TODOS

Perdido entre miles de renglones que la literatura de lo lagunero ha escrito, encontramos en el texto de Ampa-

rán, lo siguiente: “Resultó vivir a tiro de hielazo desde la tribuna de sol del Estadio Corona, donde juegan —todavía en primera división— quienes ostentan el uniforme y nombre más ridículo del futbol mexicano”. El nombre del equipo de futbol que el autor de *Otras caras del paraíso* llama ridículo es Santos Laguna, y el ridículo uniforme consiste en una camiseta a rayas blancas y verdes horizontales y calzoncillo verde. Y son conocidos como los “guerreros”.

En su libro *La ruta de los guerreros: vida, pasión y sueños del Santos Laguna*, su autor, Jaime Muñoz Vargas afirma:

El Santos Laguna [...] en un puñado de años, quince para ser precisos, ha logrado lo que ninguna otra escuadra profesional en la Comarca: de ser simplemente un oscuro club de 2ª División, de ser un modesto equipo del máximo circuito, de ser el patito feo que vivía en el charco de la media tabla para abajo, de ser el escalón de los clubes poderosos de la capital, de Monterrey y Guadalajara, de ser todo eso se ha convertido en el equipo-símbolo de una comunidad que antes, vagamente, se unía en torno al algodón como vínculo imaginario y que ahora, con la desaparición casi absoluta del cultivo algodonero —actividad que le dio razón de existir a La Laguna— ha encontrado, en la oncena santista, un nexo que ata a los municipios de la Comarca Lagunera.

En efecto, hoy por hoy es el equipo de futbol el símbolo más compartido en La Laguna urbana. Aunque el deporte de la época rural fue, sin duda, el béisbol, éste nunca pudo consolidar un club profesional que tuviera la capacidad de penetración simbólica que ha logrado el futbol. Desde luego, el negocio televisivo ha sido fundamental en la imposición cultural del futbol, y no sólo en La Laguna, en detrimento de otros deportes.

¿Cómo un equipo de fútbol que retoma la estafeta dejada por los clubes Diablos Blancos y la Ola Verde es no sólo una magnífica mercancía deportiva, sino un referente simbólico en La Laguna?

El himno que acompañó los primeros grandes triunfos del equipo condensa en pocas frases los hilos sueltos de la memoria simbólica local. Aquí la letra:

La hora cero ya llegó
es el momento de demostrar
que no hay grandes ni chicos
sólo tu decisión
para ganar.

Siempre adelante
sin temor
tú tienes la fuerza para vencer
olvida si eres favorito o no
sólo piensa que debes ganar.

El equipo de todos
verde es tu color
blanca tu franqueza
con gritos de guerreros
¡Santos a ganar!
El equipo de todos
grande es tu afición
como La Laguna
venciendo al desierto
¡Santos a ganar!

¡Duro! ¡Duro! ¡Duro! ¡Duro!
¡Duro! ¡Duro! ¡Duro! ¡Duro!

El equipo de todos
suda con valor
por tu camiseta
con orgullo deportivo
¡Santos a ganar!

El equipo de todos
noble es tu afición
como nuestra tierra
con alma y fortaleza
¡Santos a ganar!

El ánimo emprendedor, decisivo y audaz del Padre fundador está presente en las dos primeras estrofas: "siempre adelante", "sólo piensa que debes ganar". Y más adelante se rematará con una frase sólo posible en el paroxismo chauvinista: "venciendo al desierto". Como si la derrota de la tierra fuera el triunfo del hombre.

El triunfo, la ganancia, la ventaja, sólo son disputados cuando en ello se va la propia viabilidad y la personal renta. Un motín se disputa cuando al ganarlo otro, el yo lo pierde. En cambio, un trofeo no se pelea, pues al obtenerlo otro el yo también lo gana. El triunfo del Santos Laguna no pertenece a un actor en particular en La Laguna. Al contrario, su victoria es conquista simbólica para los laguneros. La disputa no es en torno al Santos, sino con el Santos en contra de lo que no sea Santos: los equipos rivales de otras regiones del país.

En el caso del algodón, si bien generó triunfo y riqueza, ésta no fue distribuida de modo equitativo entre quienes habrían participado en la conquista de la ganancia: hay una apropiación desigual que tiende a acentuar las diferencias sociales. La conquista de ese referente sí se plantea en términos de lucha, aun entre los propios actores

del proceso. No así en el fútbol, como dice la tercera estrofa, el Santos Laguna es el equipo de todos: su triunfo es victoria para todos y todos se la apropian simbólicamente, por eso es premio de todos. Ausente la lucha, la ideología no tiene terreno. La alienación juega el sutil rol que le corresponde. Por eso, los llamados que históricamente se han hecho para apoyar al equipo en momentos difíciles prenden como pastizal seco: el interés es general.

A las 4 de la tarde del 4 de septiembre de 1983 inició la aventura deportiva hoy convertida en huella simbólica de La Laguna, porque, abunda Muñoz Vargas: "Hacia falta, entonces, un nuevo símbolo incrustado en la entraña de los laguneros (no de los torreonenses, ni de los gomezpalatinos, ni etcéteras: *sino de-los-la-gu-ne-ros*) y ese papel vino a representarlo el equipo albiverde".

¿Acaso el equipo de fútbol será uno de los baluartes de ese perfil propio del que hablaba Magdalena Mondragón como aún no constituido en La Laguna? Sería un alma muy redonda la lagunera, pero al fin con elementos propios hartos sumidos en las entrañas regionales.

¿CÓMO TE LLAMAS, JOTO?

Jaime Muñoz Vargas ha situado parte de su obra reciente en "la otra Laguna", no en el sentido sindicalista de los años veinte, sino en esa de la noche, del barrio, de lo sórdido, de los bares y cantinas que albergan sueños lumpen y cuitas proletarias. Wenceslao Bruciaga y Carlos Velázquez han hecho lo propio. En ellos vemos una particularidad que traza una discontinuidad con la veneración socorrida a La Laguna, presente en la mayoría de la literatura de lo lagunero.

Algunos de los personajes de estos autores reniegan de las condiciones de cómo se organiza la vida local e incluso, sobre todo con Bruciaga y Velázquez, los personajes reniegan de La Laguna, particularmente de Torreón. Pasamos a una etapa del desencanto. La visión no política de los jodidos en torno a los relatos míticos laguneros, por fin hace su aparición.

De lo sórdido picarescamente narrado, Muñoz Vargas es el modelo. En *Leyenda Morgan (cinco casos de sensacional policiaco)*, el autor nos lleva a través de las vicisitudes de Primitivo Machuca Morales, alias "el teniente Morgan", quien convirtió su apodo en distintivo de su trabajo de judicial solitario y justiciero en los lugares más míseros y bajos de la noche lagunera. El alias le fue impuesto por su parecido al beisbolista Joe Morgan.

En cinco relatos, apoyados en ilustraciones que son un homenaje a las sagas de los populares "sensacional de vaqueros", "sensacional de luchadores", y todos los sensacionales policiacos, Muñoz Vargas saca a la luz literaria diversas realidades sociales comunes, pero que han sido afanosamente ocultadas.

En "El triple asesinato de la calle Pancho Villa", el teniente Morgan tiene que resolver el caso de tres muertos encontrados en la menudería Marychuy. Como si debieran hacer honor al negocio, los cuerpos están destazados. Todo apunta al uso sanguinario de algún puñal, como explicación natural del caso. En efecto, al final el feligrés del Bacanora y del Chava's Club, el fan número uno de los Cadetes de Linares, el teniente Morgan, descubre que el arma usada para destazar la vida de esos tres infortunados fue un tremendo puñal de la misma menudería pero, además, hábilmente manejado por un homosexual que había sido contratado por los tres occisos.

En ese relato se pone al descubierto una realidad a la que Wenceslao Bruciaga dedica todo su libro *Tu lagunero no vuelve más*: la homosexualidad. Sólo que, mientras Muñoz Vargas presenta la faceta de prostitución homosexual, Bruciaga lo hace desde la autónoma asunción de la preferencia sexual. Los une la pública discriminación que sufren sus personajes, pero también la proliferación de esta opción sexual en las clases adineradas.

El teniente Morgan nos revela una realidad asentada en la calle Morelos, en el centro histórico de Torreón: la prostitución. En sus pesquisas para dar con el asesino de los tres descuartizados de la Pancho Villa, el empedernido bebedor de cerveza Indio

[...] dobló hacia el poniente sobre la Morelos. Conforme se acercaba al centro, el poderoso Impala de motor lujosamente arreglado fue percibiendo más movimientos en las aceras, una puta aquí, un vendedor de cacahuates allá, un vago cualquiera más allá. Por fin, a la altura de la Blanco, precisamente al lado del bar La Paloma, el Teniente Morgan detectó a su siguiente informante [...] lo primero que hizo para que el maricón no se emocionara, fue enseñarle la placa. [Le preguntó] —¿Cómo te llamas, joto? —Gaby señor, pero también me dicen Yayis.

La Yayis dirige al teniente hacia el "Tropicalísimo Bandido", lugar atestado de homosexuales que se prostituyen. La Morelos alguna vez fue la calle para los paseos de los adinerados, para lucir el auto nuevo, para tomar un café. Ahora la literatura nos la muestra como la vía predilecta para la prostitución, una vez clausurada la Zona de tolerancia, que según se dice en *Otras caras del paraíso*, "dio fama mundial" a Torreón. La decadencia simbolizada en el centro histórico, cuna de la pujante ciudad "más rica del

norte de México". Allí donde estaba situado el cine Nazas, que en *Iniciación en el relámpago* se nos dice que era el cine chic, el preferido de los juniors, y que para la época de *Tu lagunero no vuelve más* uno de los personajes al ver su vómito dice: "mis ojos contemplaban el piso, una laguna amarillenta y pálida me rodeaba,apestaba; me recordó los mingitorios del CINE NAZAS, el viejo cine porno [...]", de cine exclusivo a cine porno, de centro comercial a espacio predilecto para la prostitución. Hoy el Nazas ha sido rescatado y es el teatro más grande de la ciudad.

La Yayis y Yadira en el "Tropicalísimo Bandido", y el propio tugurio, muestran la existencia de un mundo de prostitución masculina al alcance de cualquier bolsillo, al cobijo de la noche y el laberinto del centro histórico: "en la calle, en las cantinas de la Alianza, locas baratas nomás, muertasdehambre". Pero Yadira da la información que permitirá dar con el autor material del triple asesinato, lleva a Morgan con la Barbie y ésta le da el nombre clave: "[...] la Olivia [...] instructora de aeróbics y de pesas. Está como quiere, y todo naturalito. Puro yougurt de categoría, leche de buenos toros." Y en efecto, Carlos Enrique Esquivel, al ser cuestionado por el teniente, se reconoce Olivia, pero no joto, como insinuaba Morgan, sino "gay, soy gay", como si la diferencia se estableciera por la cuenta bancaria. Al final, Olivia es salvado por su novio, un político afamado en la ciudad.

Así como hay Yadira y Olivia, también está Pancho Rubio, el político homosexual que cubre su condición sexual con una familia. Pero están también los homosexuales que han optado por serlo y se viven así, a pesar de la discriminación.

Es Wenceslao Bruciaga en *Tu lagunero no vuelve más*, quien más se ocupa de los homosexuales de estratos altos, aunque no exclusivamente, en cuatro relatos pulp: "No sé

cuántos pedazos"; "AZT", "Sanatorio Español" y "Locas de debilidades". Torreón es parte de la historia de estos relatos. Varias calles, bares, hospitales, escuelas y tiendas cuyas son indispensables en estas narraciones. Los personajes son rudos y son homosexuales, lo mismo vienen de estratos bajos que de los adinerados. En pocas narraciones cobra tanta relevancia el lugar donde se desenvuelven las historias como en estos relatos. Y ningún libro resulta más áspero con la ciudad que el de Bruciaga. Como ejemplo: "En sólo diez cuadras se levantan doce terrenos abandonados. Pinche ciudad tan decaída. ¿Por qué sigo viviendo aquí? Sí, lo sé. Estoy metido en lo más hondo de este empleo y no será fácil escaparme" y: "¡Detesto esta ciudad!, no tienes idea de cuánto la detesto, si hace calor es insostenible y si hace frío ni se diga, ya ve, estamos a cero grados [...]". Algo nuevo se lee, la ciudad comarcana como espacio detestable, como hábitat al que nada hay que agradecerle ni venerarle.

Los gays de Bruciaga se pasean por la Rosita, una avenida entonces exclusiva, y planean "hacer una fiesta en el salón Golden del club social san Isidro donde tocaría el grupo FAMA [...]". Y, en algunos de ellos se mantiene el cariño por su terruño:

Acostumbraba decir que Torreón era una ciudad de belleza extraña, una señorita con maquillaje exótico difícil de apreciar. Decía que había nacido en Torreón y moriría aquí. Por mi parte le respondía que le habían lavado el cerebro cuando estudiaba en el Colegio Pereyra [...].

Y en las fiestas narradas en *Tu lagunero...* no es de extrañar que acontezcan cosas como que "Sara volvió a aspirar dos líneas de coca, el polvo estaba por acabarse [...]".

Los nuevos relatos e imaginarios ciudadanos contrastan con aquéllos de los dos periodos anteriores. La multiplicidad de mundos urbanos se evidencia, pero también la sordidez y lo oculto de otros. Pero no por escondidos dejan de existir, al contrario, incorporan el dinamismo de lo oculto a su despliegue. Entonces, las prácticas agregan códigos donde lo prohibido, lo censurado, lo inmoral, lo políticamente incorrecto se refuncionaliza para ser considerados en la práctica habitual de los sujetos que la operan. El fenómeno allí está; sólo que crece y se expande como raíz: por debajo de la tierra.

TIEMPO DE ALACRANES

“Éstos eran dos amigos, que venían de Mapimí, que por no venirse de okis, robaron Guanaceví [...] Martín le dice a José, no te pongas amarillo, vamos a robar el tren que viene de Bermejillo, amarillo no me pongo, amarillo es mi color, he robado trenes grandes y máquinas de vapor [...]” reza la quejumbrosa voz de Los Cadetes de Linares al entonar “Dos amigos”, un clásico en su haber y del pasado maleante en La Laguna. Si es un clásico obedece a la nostalgia que suscita la heroicidad inversa de ser capaces de asaltar trenes y asolar ranchos laguneros. Pero hoy el negocio ya no está en robar trenes, ni la diversión en asustar ranchos. Bernardo Fernández y Muñoz Vargas escriben aventuras que rebasan los tiempos de asaltatrenes y se sitúan ante el mundo de la violencia y el crimen derivado del hampa más sanguinaria, mejor organizada y más poderosa en México. Ya no en el tiempo de las vías sino en el *tiempo de alacranes*.

Bernardo Fernández escribió la novela *Tiempo de alacranes*. La historia de Alberto Ramírez, el Güero, lerd-

se rudo y despiadado como los alacranes güeros de Durango. Al desistir en el cumplimiento de su último encargo, decide confesar a su patrón, un capo de altos vuelos apodado "El Señor", que no pudo y se retira. Promete regresar el dinero del adelanto que había recibido, pero un robo en el banco donde habría de hacer el depósito lo convierte en rehén involuntario, no sólo de ladrones principiantes, sino de su propia historia. En el intento por escapar, uno de los ladrones, hijo de otro capo amigo de "El Señor", cae abatido a tiros. En la persecución, el Güero ve en Lerdo, su pueblo, un sitio seguro para esconderse. Pero allí es encontrado y, en un juego de azares, resulta ser uno de los pocos sobrevivientes de una balacera, en pleno centro de la ciudad, en la que mueren siete policías y el famoso capo "El Señor". Pasado el tiempo, y estando a salvo, es enviado a Mazatlán, lugar donde, para sobrevivir, se dedica a la fabricación de artesanías de madera. Al final una mujer se acerca y le compra un alacrán, pues siempre es tiempo de alacranes. El dinero para el pago va dentro de una mochila roja que el Güero bien conocía: la misma donde habían depositado el dinero robado aquellos neófitos del asalto.

En la novela, la Comarca Lagunera es accidental escenario de la historia. Debido a que el Güero pretende esconderse en su pueblo natal, irremediablemente aparecen Torreón y Lerdo principalmente: "el Señor nos hizo un encarguito que nos espera en Torreón y son muchas horas de camino.

— En Lerdo, en Lerdo.

— Es la misma mierda, hombre", escribe Fernández.

En el desarrollo de la historia, el autor de *Tiempo de alacranes* hace que sus personajes se encuentren en la noche de las cantinas: "Ellos lo sabían, por ello tomaban cerveza (Tamés) y Seven Up (el gordo) en la barra del Go-

ta de Uva, sobre la calle Múzquiz, en el barrio de la Alianza". El Gota de Uva es, quizá, la cantina más famosa del Centro de Torreón, donde, a decir de Fernández, la "concur-rencia estaba compuesta por cholos que presumían tatuajes y perforaciones, narquillos que narraban hazañas balísticas y trailereros contando historias de camino".

La cantina se convierte en sitio predilecto para reposar y reverberar historias en los textos contemporáneos de la literatura de lo lagunero. Así, el teniente Morgan hace del "Bacanora", "El Premier", "La Ópera", "Chava's club" puntos de referencia obligados para escuchar sus rolas de los Cadetes de Linares. Y "La Charca", "La Farola", "Tropicalísimo Bandido", "La Culebra", "Lady's" congales que encuentra en la zona de la Alianza, en el periférico de Gómez Palacio, en Lerdo o en la salida de Torreón a Matamoros, por el rumbo en que, se dice en *Otras caras del paraíso*, se encuentra "La Garzita", la zona de prostitución de Matamoros. Carlos Velázquez también desgrana nombres de cantinas y bares en sus textos: "El Cíclope", "El Edén", "El Dorado", "La Espuma de Oro", "El Dandy", "La Luna de Plata". Bares, cantinas, congales, table dance, moteles; el alma sórdida de la ciudad como tierra fecunda de historias y relatos. Pareciera que todo espíritu tiene una llave escondida en el guardarropa de la conciencia para abrir la cloaca de esa "otra Laguna".

Pero tema principal en *Tiempo de alacranes* es el mundo del narco, su poder e influencia, sus raíces y brazos. Y, así sea de modo tangencial y fortuito, La Laguna sirve de escenario a ese fenómeno que está más presente en la realidad que en la ficción de lo lagunero. Dice Fernández, a propósito de la llegada de los maleantes:

Caballos y perros de la región se mostraron nerviosos [...] a medida que los depredadores se concentraban en la

ciudad, cerrando su cerco alrededor de una casita roja, que daba al zócalo, a un lado de las nieves de Chepo, allí en el centro de Lerdo.

Se sucede después un encontronazo a balazos en la otrora pacífica y aletargada jardinera lerdense, y entonces: "la balacera en un prostíbulo del centro de Ciudad Lerdo, Durango, ha destapado la coladera de la que nadie, en los altos círculos del poder, hubiera deseado que se supiera nada".

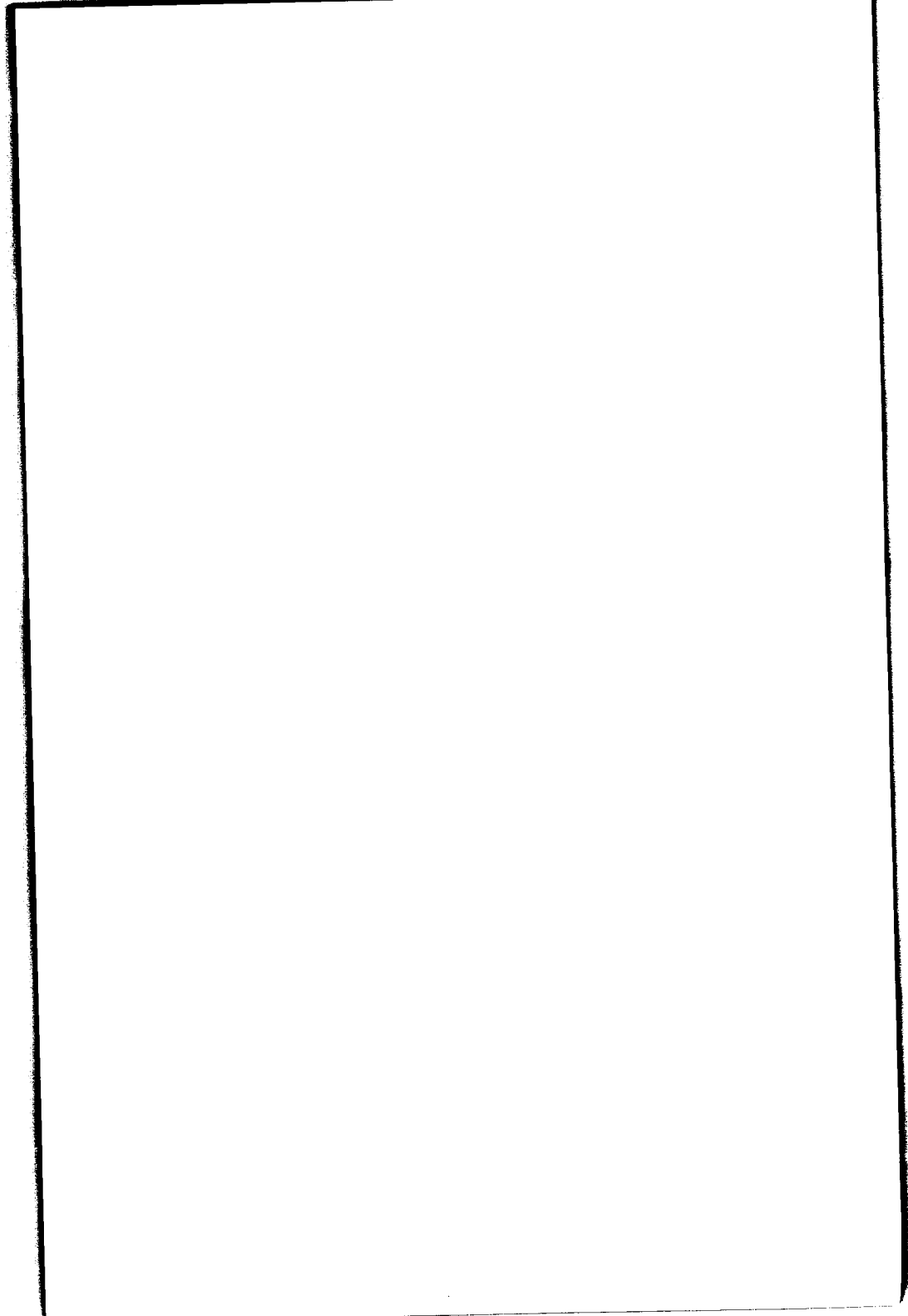
En *Leyenda Morgan*, Jaime Muñoz Vargas narra el caso de una de las peores manifestaciones de la brutalidad humana y de la podredumbre de una sociedad indolente: rota en sus vínculos relacionales, corrupta, dispareja y polarizada. Es el relato donde se cuenta el origen de Morgan como legendario teniente de la judicial local. El aura de hábil y valiente policía la obtiene al resolver el caso de un secuestro. Pero, no sólo la presencia de esa ala del infierno es lo relevante en el relato, sino la construcción del mismo a partir de realidades ficcionadas:

Dos horas después [Morgan] estaba timbrando en el case-rón del empresario recién plagiado. Lo recibió un tipo con facha de jardinero, sin palabras el teniente Morgan se dejó guiar hasta una sala de millonarios donde lo esperaban un sujeto con traje, una señora gorda y de ropa fina, dos mujeres jóvenes como de veinte y quince años y un adolescente con dos kilos de acné en cada cachete [...].

Era la familia de Eleazar Ortega, empresario, zar del pan en Torreón, que había sido secuestrado por una banda de neófitos. Le habían seguido los pasos por las correrías que el panadero hacía en las salas de masaje de la ciudad. Fue tan fácil pescarlo como sencillo para el tenien-

te Morgan dar con los malhechores principiantes, a quienes de certeros balazos fulminó y de ese modo logró liberar a Ortega, quedarse con el dinero que tenían en la casa de seguridad y forjar la leyenda Morgan.

Tiempo de alacranes y *Leyenda Morgan* lanzan dardos hacia una realidad que rebasa a la ficción. Su valor literario no demerita por una suerte de ingenuidad en los personajes y en las historias mismas si las ponemos ante el espejo del fenómeno. Por el contrario, abren la puerta de la ficción a esa "otra Laguna" que hubiésemos querido no hallar, no padecer y, como toda mierda, siempre ocultar.



CAPÍTULO IV

POLÍTICA Y ECONOMÍA DE LO LITERARIO LAGUNERO

“La Comarca Lagunera, con sus campos cubiertos de algodones que le dieran fama como de una las zonas agrícolas más ricas del país, ya no existe” señala María Vargas-Lobsinger en su extenso estudio sobre la reforma agraria en la región. Alguna vez, ahí se concentró el once por ciento de las tierras de riego del país, lo que le permitía producir la mitad de todo el algodón mexicano.

Los casi doscientos mil habitantes que a mediados de la década de los años treinta habitaban La Laguna en sus dieciséis municipios (en ese entonces eran siete),¹ hoy en día son un millón y medio de residentes. Casi la mitad de la población económicamente activa de Durango y Coahuila se concentra en dos municipios comarcanos: Gómez Palacio y Torreón, respectivamente. Además la región —semidesértica— constituye la principal cuenca lechera del país.

¹ Como región hidrológica comprende 15 municipios, 10 en Durango y 5 en Coahuila. Sin embargo, histórica y culturalmente el municipio de Parras forma parte de esa Comarca Lagunera. Por otra parte, Corona Páez (2006) demuestra que la construcción cultural y económica de la Comarca Lagunera no puede explicarse sin la inclusión de Parras, Coahuila.

No obstante la diversificación económica, poblacional y temática de la Comarca Lagunera, sumada al auge comercial de unos años a la fecha, la gran mayoría de las investigaciones realizadas en torno a La Laguna están enfocadas al periodo revolucionario y de reforma agraria.² El reparto de tierras, la organización ejidal, los sistemas de riego, los conflictos armados, la banca de fomento agrícola, son grandes temas alrededor de los cuales versan la mayoría de los trabajos académicos sobre la Comarca Lagunera. En tanto tema de estudio, principalmente se ve a La Laguna como cuestión agraria, con las diversas perspectivas que pueden girar en torno a ella.

Históricamente, La Laguna ha tenido tres núcleos poblacionales que han dinamizado la economía regional, de cuyas actividades fundamentales han surgido, también, los grupos de interés político de mayor influencia. En la época colonial, sin duda Parras se constituyó en el centro económico regional, teniendo como actividad principal la vitivinicultura. El paulatino descenso de la influencia parrense en la región tuvo, en el cultivo extensivo de algodón, el viraje catalizador de un nuevo centro dinamizador: Lerdo, en el lado duranguense de la Comarca; aunque los intereses económicos se diversificaron entre los numerosos hacendados de la época.

El auge algodonerero, la llegada del ferrocarril, tanto el que iba del Atlántico al Pacífico como aquel que a la postre comunicaría a la ciudad de México con la frontera nor-

² En Del Castillo, Gándara *et al.* (1978), se enlistan 652 informes, investigaciones y libros que condensan el grueso de la bibliografía sobre la Comarca Lagunera. En las dos décadas subsiguientes disminuyó notablemente la producción bibliográfica en temas comarcanos, aunque hubo una creciente producción de textos de autores locales, literarios principalmente. Por supuesto, están también los trabajos contemporáneos sobre el tema del agua, desarrollado particularmente por investigadores del INIFAP y de la Universidad Agraria Antonio Narro.

te, y un desarrollo industrial incipiente, trasladaron el centro económico regional a Torreón. En tan sólo cien años, la localidad que adquirió la categoría de ciudad para celebrar el cumpleaños del general Porfirio Díaz, se ha convertido en el centro comercial, financiero e industrial de lo que ahora se constituye en la principal cuenca lechera de México y sede de la importante empresa minera Met-mex Peñoles. La Comarca Lagunera tiene concentrada en su zona conurbada (Lerdo y Gómez Palacio en Durango, Torreón y Matamoros en Coahuila) tres cuartas partes de su población.³

Dado el perfil geográfico regional, las etapas económicas de su desarrollo y su vocación definidamente emprendedora, no resulta extraño que el interés principal que ha despertado la Comarca Lagunera, en tanto materia de investigación, provenga de su matriz económica, fundamentalmente de su vector agrícola.

El protagonismo que históricamente han tenido los grupos de poder económico en La Laguna, ha moldeado también una peculiar forma de constituir tales gremios de influencia política regional, nunca desligados, por cierto, del capital regional hegemónico. Un ingrediente adicional al rostro lagunero de los grupos políticos lo constituye la división administrativa contemporánea de la región: el pertenecer a dos estados ha orillado a que temas fundamentales tengan que ser resueltos desde la federación, de modo que la articulación de los grupos de poder político obedece señaladamente a cierta lógica de relación con la federación, no solamente a vínculos y disputas regionales.

³ Los trabajos de Corona Páez (2006); Urow Schifter (2000); Cerutti y Flores (1997); Vargas-Lobsinger (1999) y Meyers (1996), dan cuenta de la historia económica regional, bosquejando sus grandes tendencias y actividades nucleares.

En la región, esa dinámica estuvo presente desde los últimos años del porfiriato. La configuración regional del poder político respondió, en buena medida, al tipo de relación que estableció el gobierno de Porfirio Díaz con la Comarca. El centralismo excesivo y la fuerte presencia militar en la región favorecieron la agudización del conflicto entre los poderes locales y el gobierno de Díaz y, en buena medida, explican la rebelión maderista de 1910, así como los planteamientos "revolucionarios" laguneros (Larrazolo, 1997). Hasta entonces, la relación planteada entre el presidente Díaz y los capitales laguneros seguía la lógica de la fidelidad política a cambio de especiales concesiones y ventajas a inversionistas locales, como el ex gobernador Evaristo Madero Díaz.

Cuando surgía una situación de crisis en ese ámbito, la relación política se modificaba y el cauce del conflicto se establecía en función de los intereses económicos afectados. Eso sucedió, por ejemplo, cuando se afectaron los intereses de los empresarios laguneros debido a la ayuda otorgada a la empresa extranjera *Tlahualilo Cotton Company* con la especial concesión para el usufructo del agua del Nazas. Una vez fracturado el "convenio" económico entre el gobierno central y los empresarios locales, la relación política también cambió. La articulación al interior de los capitales laguneros se dio en torno al eje de enfrentamiento con la federación.

El tipo de relación establecido entre los capitales hegemónicos y la federación mantuvo ciertos rasgos del esquema porfirista, aún a principios del periodo del general Lázaro Cárdenas, en el cual se dio un equilibrio entre capital y trabajo como no sucedió en otra región del país. La política de fomento económico del general Cárdenas "favoreció una alianza entre las élites política y económicas regionales" (Larrazolo, 1997). Desde luego, una vez que

el cardenismo mostró con intensidad sus inclinaciones hacia la reforma agraria, el equilibrio se rompió dando origen a uno nuevo al margen de la vieja oligarquía lagunera.

El tipo de relación política que esbozamos fue particular de La Laguna, toda vez que

[...] por ser área de reciente desarrollo, La Laguna carecía de instituciones políticas. Desde tiempos coloniales, la palabra del terrateniente era la ley, y su papel resulta clave para comprender los desarrollos políticos subsecuentes [...] el orgullo y la voluntad de los laguneros, para arreglar todo con sus propias manos, convirtió el desarrollo político del área y su integración al sistema porfirista en un factor explosivo (Meyers, 1996:264).

La configuración de los grupos de interés político en La Laguna adquiere un sentido integral en la medida en que se asocia a la coyuntura económica de los capitales hegemónicos.

La influencia de los hacendados regionales configuró, pues, el campo de disputa del poder político, que si bien al interior de la región generó diversas corrientes, hacia el exterior, y en concreto ante el gobierno de Díaz, se erigió como un contrapeso regional acaso sin paralelo en el país (Meyers, 1996).

Previo al reparto agrario cardenista, la situación de los hacendados y de los capitales importantes de La Laguna no había variado sustancialmente; mucho menos su influencia política. Más aún, la bonanza algodonera de la década de los veinte, y los mínimos esfuerzos callistas por reformar el régimen de tierras en la Comarca Lagunera, mantuvo el rostro económico de la región.

No obstante lo anterior, y como elemento dominado en el campo político, justamente en esa década comien-

za a tener presencia un movimiento popular lagunero (en cuya agenda sí figuró el reparto agrario). La Liga Socialista de Torreón y el Partido Comunista Mexicano comenzaron a ejercer cierta influencia, aunque marginal, dado que, al menos el primero, pendía del poder de Nazario Ortiz Garza, presidente municipal de Torreón y más tarde gobernador de Coahuila. Aun así, un ingrediente nuevo se sumaba al caldero político regional. Con todo, la presidencia de Calles también garantizó al capital lagunero sus ventajas y su influencia política.

Los gobiernos federales que sucedieron al de Calles fueron acumulando presiones por parte del campesinado lagunero en el sentido de la urgencia del reparto. Conflictos de orden laboral se sumaron a un clima cada vez más urgido de una solución más allá de componendas coyunturales. Fue el presidente Cárdenas quien así lo asumió. Y en respuesta enviada al diario *La Opinión* ante un cuestionario que se le mandó, Cárdenas sostuvo que "la administración a mi cargo se ha propuesto no fijar paliativos a los problemas que afectan al país, sino ir al fondo de ellos para resolverlos definitivamente" (Vargas-Lobsinger, 1999:163).

Semejante respuesta alarmó a los terratenientes. Alarma que se profundizó ante el estallido de una huelga general en la Comarca convocada por trabajadores rurales que, aunque no pedían tierras, entre sus demandas, la idea de colectivismo estaba presente: contrato colectivo para toda la Comarca, reposición de empleo y más de una decena de peticiones económicas de interés gregario. Un dato interesante es que los convocantes eran sindicatos de Torreón, Gómez Palacio y otros puntos de la Comarca (Vargas-Lobsinger, 1999).

La hegemonía política de los terratenientes comenzaba a ser disputada por un movimiento popular rural, prin-

cialmente. En cierto sentido se configuraba ya un "sujeto popular" que podía legitimar y afianzar las medidas tomadas por Cárdenas. Esta posibilidad bien la previó el entonces inminente fundador del Partido Acción Nacional, Manuel Gómez Morín, quien en sus "Consideraciones sobre el problema de La Laguna" manifestó que "el colectivismo, un ensayo que había fracasado en otros países, que no dotaba de tierras al campesino; sencillamente cambiaba la dirección de los terratenientes al gobierno" (Vargas-Lobsinger, 1999:169).

En efecto, el cambio de la dirección no sólo sería en el ámbito económico, sino en la influencia y configuración del campo político regional. El reparto agrario se realizó en presencia del propio general Cárdenas, quien después de 35 días de haber permanecido en La Laguna, regresó a la capital, y a bordo del tren presidencial escribió: "Lo ideal habría sido dejar en La Laguna un solo sistema de tenencia de tierra: el ejidal. Pero no hubo posibilidad para llevar de otras zonas campesinos para aumentar la extensión de tierras ejidales".

De ese modo, el viraje en la tenencia de la tierra, produjo, también, una reconfiguración del poder político local, ahora vinculado de modo filial al nuevo patrón: el gobierno federal.

Según Vargas-Lobsinger, la oligarquía lagunera, en tanto terrateniente, dejó de existir de la noche a la mañana, como sucedió con la influencia política que hasta entonces ostentaba.

En la revisión hecha de la bibliografía sobre la Comarca Lagunera, hay un notable vacío en los estudios sobre el perfil político comarcano, incluso a niveles tan básicos como puede ser la sola descripción. Como señalé al principio, la abrumadora mayoría de los estudios realizados,

aun los más recientes, se enfocan al periodo revolucionario y a la reforma agraria.

Lo expresado por Gómez Morín en la referencia hecha anteriormente prefigura, así lo considero, el núcleo constitutivo de los grupos de poder político y las disputas en el campo de poder comarcano. Una vez disuelta la oligarquía agrícola con el reparto agrario se abrieron dos caminos de acceso al poder político: o bien una alineación con "el nuevo director" de la Comarca Lagunera (como diría el fundador del PAN), es decir, con el gobierno mexicano, o bien con los gremios fundados sobre todo por los capitales comerciales e industriales, en los cuales se refugió o asoció la vieja oligarquía rural lagunera.

Hay una particularidad en el modo de configurar los grupos de poder e influencia política en la Comarca Lagunera y que tiene que ver, entre otros, con los capitales hegemónicos de ciertas coyunturas, el tipo de relación establecido con la federación y las capitales estatales, los intereses económicos favorecidos o desalentados y el eje de articulación interna: los beneficios al amparo del director posrevolucionario en La Laguna, o bien los sindicatos empresariales.

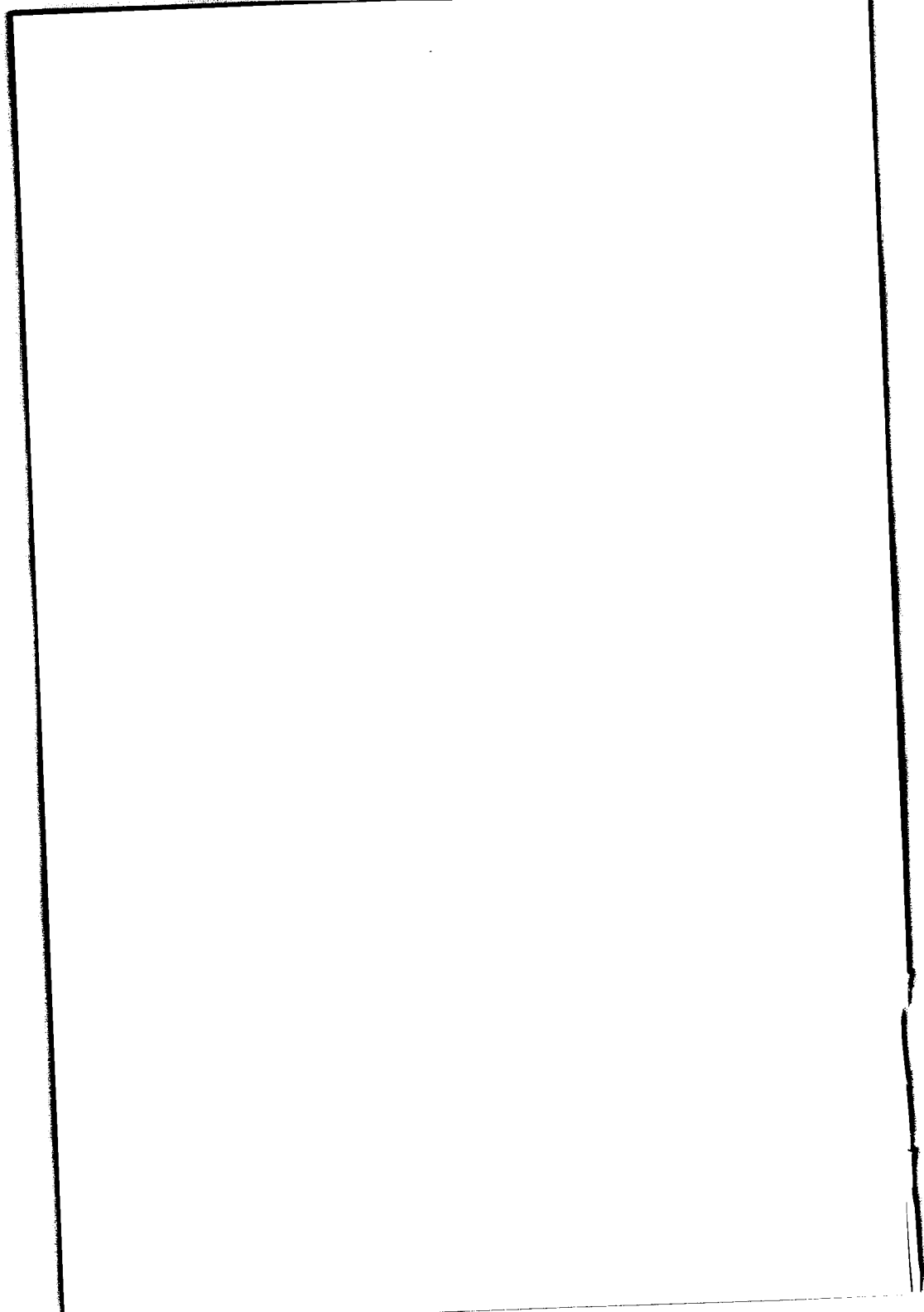
Como guía de lectura, podemos señalar que si bien las investigaciones, sobre todo las de Vargas-Lobsinger, Meyers, Larrazolo y Cerutti-Flores, permiten reconstruir un marco interpretativo de la dinámica del campo político, el periodo que abordan no rebasa los años treinta del siglo pasado.

El trabajo de Cerutti-Flores reconstruye el andar de los españoles por esta región. Dato relevante considerando la importancia económica de los empresarios y terratenientes de esa nacionalidad. La influencia de esta colonia rebasa lo económico, como hemos dicho de los terratenientes laguneros.

Vargas-Lobsinger es quien más discute la relación entre régimen económico y constitución del campo de poder político en la Comarca Lagunera. Su estudio permite rastrear los intereses que sirvieron de caldo de cultivo a los grupos políticos de mayor influencia.

Meyers es quien plantea lo que considero el eje en torno al cual abordar de mejor manera la configuración de los grupos de influencia locales. La relación entre el capital y la federación delineó, por años, el rostro del poder político local, ya fuera por su conflicto o por el trabajo coordinado con la Federación. Con la reforma agraria cardenista, el eje sigue siendo el mismo, es decir, la relación entre lo regional y el gobierno central. Con la diferencia que para entonces la vieja oligarquía lagunera había sido desplazada por contingentes populares al servicio del estado cardenista.

Podemos notar que hay vasos comunicantes entre la oligarquía económica y los grupos de influencia política en el periodo posrevolucionario con la constitución del imaginario mitológico lagunero. La esfera de lo simbólico lagunero no escapa a las dinámicas políticas y económicas del terruño desértico donde se ha generado.



EPÍLOGO

LA FILOMENA

¿De qué va La Laguna? ¿Para qué vivir allí? ¿Por qué ir a morir en sus desiertos? “No sé por qué” dice una canción cardenche, cuya letra agrega:

[...] no sé por qué a esa mujer la adoro, no sé por qué, yo la adoro con delirio [...] ¿quién les ha dicho que el hombre casado es libre? Tiene su mujer, aparte de una querida. Por las mujeres se componen canciones, ellas son causa de que el mundo no ande en paz [...].

El entrañable Roberto Bolaño estuvo en La Laguna en “una de las peores épocas de mi vida”, como anotó en su cuento “Gómez Palacio”. En ese texto, el autor de *Los detectives salvajes* escribe algo semejante a lo cantado por el cardenche citado, pero muy a su modo:

Durante un rato los seis nos quedamos callados. Sopesé la posibilidad de trabajar en Gómez Palacio, de vivir allí para siempre. Había visto en el patio a un par de alumnas de pintura que me parecieron bonitas. Con suerte podía casarme con una de ellas. La más bonita de las dos parecía también la más convencional. Imaginé un noviazgo

largo y complicado. Imaginé una casa oscura y fresca y un jardín lleno de plantas.

Pareciera que, como el himno regional *La Filomena*, como la vida y como la muerte, La Laguna seduce por su nombre de mujer.

Yo, por mi parte, permaneceré aquí y andaré los caminos sin nombre de La Laguna hasta responder de manera definitiva a la pregunta — mi pregunta— que Bolaño tejió bajo este cielo:

“¿De qué color es el desierto de noche?”

Porque, como escribió Othón, en La Laguna tenemos algunos que: “y en nuestros desgarrados corazones ¡el desierto, el desierto... y el desierto!”

BIBLIOGRAFÍA

- Amparán, Francisco José (1995), *Otras caras del paraíso*, Monterrey, Ediciones Castillo.
- Barrera Islas y Donald Winkelmann (1969), *Análisis económico del uso del agua y la mano de obra en el sector ejidal de la Comarca Lagunera*, México, Escuela Nacional de Agricultura Chapingo, Colegio de Postgraduados.
- Bolaño, Roberto (2001), *Putas asesinas*, Barcelona, Anagrama.
- Bruciaga, Wenceslao (2000), *Tu lagunero no vuelve más*, México, Moho.
- Cerutti, Mario y Oscar Flores (1997), *Españoles en el norte de México*, Monterrey, UANL/UEM.
- y Rivas (2007), *Torreón, ciudad centenaria*, México, La Opinión Milenio.
- Corona, Sergio Antonio (2007), *Comarca Lagunera: constructo cultural*, México, UIA Torreón.
- De Arellano, Luz (1949), *Palomas, nieves y Torreón*, México.
- Del Castillo Vera, Gustavo (1976), *La política en la Comarca Lagunera*, México, CIS-INAH.
- , Leticia Gándara et al. (1978), *Bibliografía sobre la Comarca Lagunera*, México, INAH.

- Del Río, Rafael (1980), *Prosas y poemas*, Saltillo, México, UAC.
- De la Mora, Elvira (1983), *Tierra de hombres (Comarca Lagunera)*, Torreón, Papel de poesía.
- Esparza Rodríguez, Oralia (1992), *La cultura en Torreón: retrospectiva y perspectiva analítica*, México, UIA/SEP-Coahuila.
- Fernández, Bernardo (2005), *Tiempo de alacranes*, México, Joaquín Mortiz.
- González Núñez, Federico (1975), *Crónica de la cultura de Coahuila*, t. I, Saltillo, Nueva Imagen.
- Guerra, Eduardo (2007), *Historia de Torreón*, Ayuntamiento de Torreón.
- Hernández, Alfonso Porfirio (1975), *La explotación colectiva en la Comarca Lagunera, ¿es un fracaso?*, México, Costa Amic Editor.
- Jamieson Payne, Evelyn (2001), *Tulitas de Torreón, recuerdos de la vida en México*, México, Ayuntamiento de Torreón/UIA-Torreón.
- Larrazolo, María (1977), *Coahuila 1893: una respuesta a la centralización política*, México, INEHRM.
- Maeda Villalobos, Luis (1996), *El habla popular de los laguneros*, Torreón.
- Martínez García, Roberto (1995), *Santa Anna de los Hornos y La Flor de Jimulco: 2 haciendas laguneras*, Torreón, Ediciones Cardenche.
- Martínez Saldaña, Tomás (1979), *La Comarca Lagunera*, México, Centro de Investigaciones Superiores-INAH.
- , Judith Adler, Ricardo Estrada (1979), *La Comarca Lagunera, T. III. Análisis de su problemática*, México, Cuadernos de la Casa Chata, 19/Centro de Investigaciones Superiores-INAH.
- Meyers, William K. (1996), *Forja del progreso, crisol de la revuelta: los orígenes de la Revolución mexicana en la Co-*

marca Lagunera, 1880-1911, México, Gobierno del Estado de Coahuila/Instituto Estatal de Documentación-INEHRM/UAI-Torreón.

Mondragón, Magdalena (2003), "Puede que l'otro año", en *El vertical silencio*, Saltillo, Siglo xx Escritores Coahuilenses/Universidad Autónoma de Coahuila.

Moreno, Pablo C. (1955), *Torreón a través de sus presidentes municipales*, México, Patria.

Muñoz Vargas, Jaime (1988), *La ruta de los guerreros: vida, pasión y sueños del Santos Laguna*, México, Ed. Autor.

_____ (2003), *Juegos de amor y malquerencia*, México, Joaquín Mortiz.

_____ (2006), *Las manos del tahúr*, Hermosillo, Instituto Sonorense de Cultura.

_____ (2009), *Leyenda Morgan (cinco casos de sensacional policiaco)*, México, Ediciones Sin Nombre.

Natera, Yolanda (1998), *Otro amanecer*, Torreón, Colección Tierra que fue Mar, Programa Cultural Laguna 400.

Orellana Trinidad, Laura (2001), *Hermila Galindo, una mujer moderna*, México, INBA.

Plana, Manuel (1996), *El reino del algodón en México: la estructura agraria de La Laguna, 1855-1910*, México, Universidad Autónoma de Nuevo León/UIA-Torreón/Centro de Estudios Sociales y Humanísticos de Saltillo.

Prado, Amado (1899), *Prontuario de la municipalidad del Torreón*, Saltillo, Tip. del Gobierno de Coahuila en Palacio.

Reed, John (1979), *México insurgente*, México, Era.

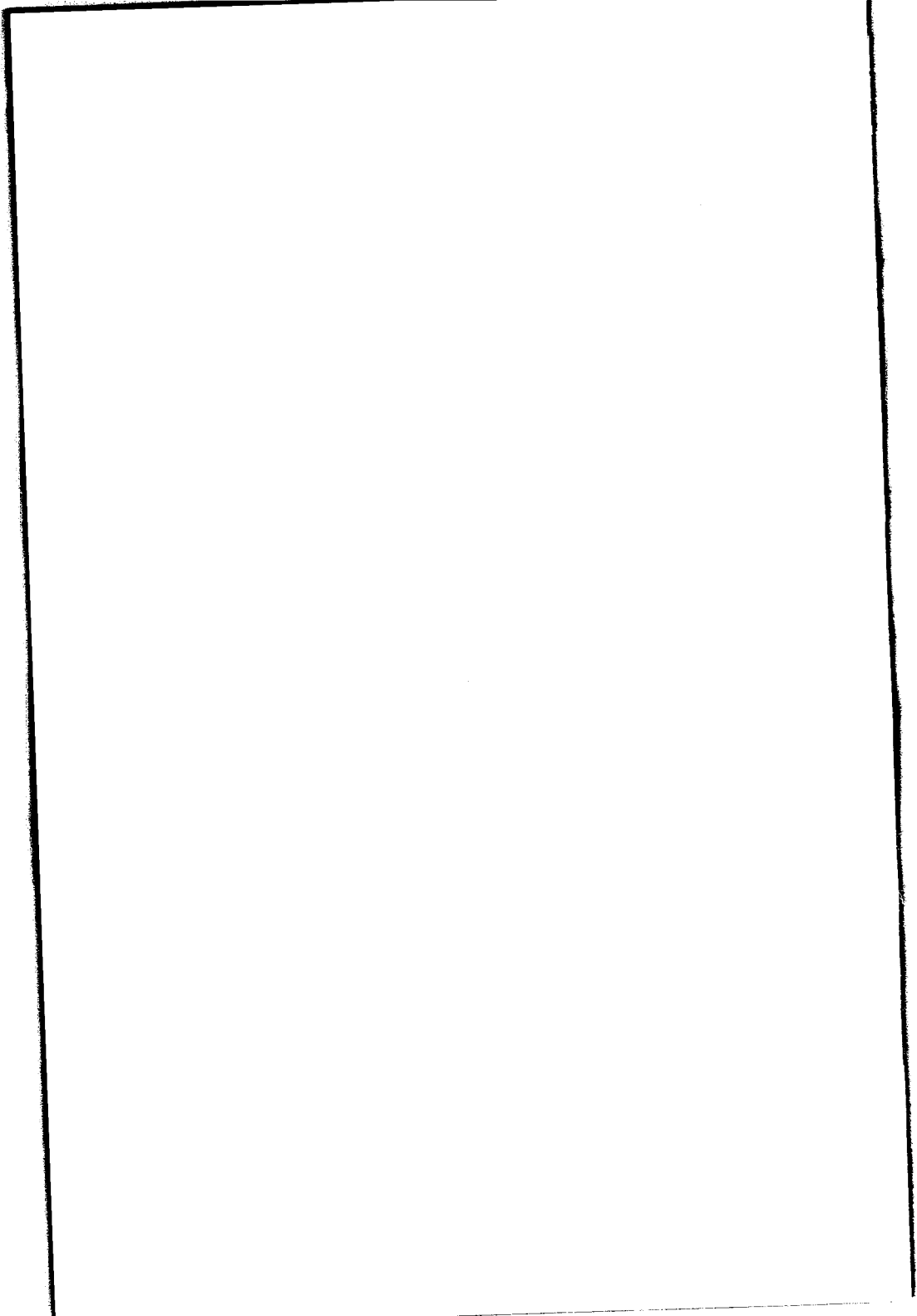
Rosales Carrillo, Saúl (1997), *Memoria de plomo*, Torreón, Programa Cultural Enlace Lagunero.

- _____ (1998), *Huellas de La Laguna*, Torreón, Gobierno de Coahuila.
- _____ (2001), *Brevísima crónica del algodón en La Laguna*, Torreón, Gobierno de Coahuila.
- _____ (2005), *Laguna de luz*, Torreón, Colección Historias de Entretén y Miento, Gobierno de Coahuila.
- _____ (2008), *Iniciación en el relámpago*, México, UJED.
- Soto Castro, Jaime (1994), *Apuntes históricos de Ciudad Lerdo, Durango, 1904-1910*, edición privada.
- Tamayo, Jorge L. (1941), *Transformación de la Comarca Lagunera: sus perspectivas y problemas*, México, Cvl-tvra.
- Urquizo, Francisco L. (1955), *Tropa vieja*, México, Populibros La Prensa.
- Urow Schifter, Diana (2000), *Torreón: un ejemplo de la inmigración a México durante el Porfiriato: el caso de españoles, chinos y libaneses*, Torreón, Ayuntamiento de Torreón.
- Valdés Silva, Ma. Candelaria (1990), *La Comarca Lagunera: educación socialista y reparto agrario*, México, IPN.
- Vargas-Lobsinger, María (1984), *La Hacienda de "La Concha", una empresa algodонера, 1883-1917*, México, UNAM.
- _____ (1999), *La Comarca Lagunera: de la Revolución a la expropiación de las haciendas, 1910-1940*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM/INEHRM.
- Velázquez, Carlos (2003), *Cuco Sánchez Blues*, México, Colección La Fragua, Icocult.

Arqueología de un imaginario: La Laguna,
de José Edgar Salinas Uribe,
se terminó en octubre de 2009,
en Imprenta de Juan Pablos, S.A.,
Malintzin 199, Col. del Carmen,
Del. Coyoacán, México 04100, D.F.

500 ejemplares





En este libro, Edgar Salinas ha sabido trazar, como él dice, la arqueología de lo imaginario de La Laguna. Usando la literatura de esta región, desde el canto cardenche hasta los escritores más recientes, rescata los datos e ilustra los entresijos de ese espacio que, según él lo señala, es más fantástico que real.

En efecto, Salinas ha podido desentrañar la fantasía que existe en los orígenes de la región, sobre todo de Torreón, porque la mayor parte de sus fundadores llegaron a ella movidos por un sueño. Pero eso mismo hace que carezcan del arraigo que se da en otras partes; además, la novedad de la ciudad hace que no exista la vena tradicional que vemos en otras regiones del país.

Varios de los tipos o incluso arquetipos (o por lo menos prototipos) de los laguneros, desfilan traídos por la pluma de Edgar Salinas desde piezas narrativas de estos lares. Excelentes escritores actuales han aportado las descripciones que Salinas ha capitalizado con singular fuerza y tino, para darnos su visión de lo lagunero.

Por todo ello me parece que el presente libro es muy de agradecer por los que pertenecemos a esta región, que de esa manera la saca de la imaginación y le da una extraña realidad, ante nuestros admirados ojos.

Mauricio Beuchot

